LIBRO dot.com

DARLO TODO Y NO DAR NADA

Pedro Calderón de la Barca



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PERSONAS:

- ALEJANDRO
- DIÓGENES
- CHICHÓN, gracioso
- EFESTIÓN
- ESTATIRA, infanta
- SIROÉS, su hermana
- CAMPASPE, dama
- APELES, pintor
- ZEUXIS, pintor
- TIMANTES, pintor
- Un SACERDOTE de Júpiter
- NISE, dama
- CLORI, dama
- SOLDADOS

PRIMER ACTO

Suenan por una parte cajas, y por otra instrumentos músicos, y mientras dicen los primeros versos, sale DIÓGENES, viejo venerable, vestido pobremente, con una botija de barro en la mano

UNOS: *El grande Alejandro viva...* **Dentro**
MÚSICA: *Viva el gran Príncipe nuestro...*
UNOS: *cuyos lauros...*
MÚSICA: *cuyos triunfos...*
UNOS: *siempre invictos...*
MÚSICA: *siempre excelsos...*
UNOS: *a voces van diciendo...*
MÚSICA: *que a su imperio le viene el mundo estrecho.*
TODOS: *s todo el mundo es línea de su imperio.*
ALEJANDRO: Haga el ejército alto **Dentro**
en estos campos amenos,
a vista de Atenas, griega
patria de ciencias e ingenios.
UNO: Haga repetida salva **Dentro**
la música, confundiendo
en instrumentos sonoros
militares instrumentos.

Toca la caja

UNOS: Alto, y pase la palabra.
OTROS: Alto, y prosigan los versos.
TODOS: El grande Alejandro viva,
viva el gran Príncipe nuestro.
DIÓGENES: ¡Qué contrarias armonías,
en no contrarios acentos,
aquí de estruendos marciales,

aquí de dulces estruendos,
la esfera del aire ocupan,
hasta penetrar el centro
deste pobre albergue, donde
yo, reino y rey de mí mesmo,
habito sólo conmigo,
conmigo solo contento!
Mas ¿quién me mete en dudarlo,
sea lo que fuere, puesto
que no me puede añadir
ni gusto ni sentimiento
el saber con qué razón
su media razón del eco
suena en su cóncavo espacio
una y otra vez diciendo:

Cantan DIÓGENES y TODOS

TODOS: *que a su imperio le viene el mundo estrecho,*
pues todo el mundo es línea de su imperio.

Sale CHICHÓN

CHICHÓN: Por esta parte me dicen
que una fuente hay, y aunque tengo
trabada lid con el agua
por haber mi casa hecho
alïanza con el vino,
la he de buscar con todo eso;
que el cansancio con que entramos
en Grecia marchando, muertos
de sed y calor, bien puede
honestar la tregua, siendo
en Grecia agua mi socorro
mientras no hallo vino greco.
¿Por dónde irá la bellaca?
Pero aquí hay gente. -- Buen viejo,
decidme hacia dónde corre
una fuente, que deseo,
por más que corra, alcanzarla,
bien que dudando y temiendo,
cuando la busco rabiando,
el que la he de hallar riendo.
DIÓGENES: Venid conmigo, que yo
allá voy, a cuyo efecto
me halláis, ya lo veis, cargado
deste rústico instrumento.
CHICHÓN: *"Moza de cántaro"* ya
dijo no sé qué proverbio;
viejo de cántaro, no
lo dijo hasta hoy; pues ¿qué es esto?
¿No hay quien venga en vuestra casa
por agua sino vos?
DIÓGENES: Necio
debéis de ser.
CHICHÓN: ¿Y de qué
lo inferís?

DIÓGENES: De que, si puedo
servirme yo a mí, culpéis
que otro no me sirva, puesto
que sólo está bien servido
el que se sirve a sí mesmo.
CHICHÓN: ¿Mal fardado y sentencioso,
pobretón y circunspecto?
¿Sois filósofo?
DIÓGENES: No sé
más de que quisiera serlo.
CHICHÓN: Pues, en tanto que llegamos,
decid, ansí os guarde el cielo,
¿cómo, cuando estas campañas
están con tantos diversos
aplausos de paz y guerra
cubiertas, vos, acudiendo
a tan civil ejercicio,
vais penetrando lo espeso
destos montes, apartado
de tanto heroico comercio,
sin que la curiosidad
os lleve siquiera a verlo?
DIÓGENES: Pues ¿qué hay que ver?
CHICHÓN: ¿Qué hay que ver?
Cuando no fuera el inmenso
aparato, con que vuelve,
coronado de trofeos,
un ejército triunfante
de toda Persia, trayendo
prisioneras a las hijas
de Darío, su supremo
rey, que, puesto en fuga, él solo
escapó su vida huyendo;
cuando no fuera el aplauso
con que le recibe el pueblo
en estas montañas, donde
ha de alojarse este invierno;
¿el ver no más a Alejandro
no bastaba, a cuyo esfuerzo,
como estas canciones dicen,
viene todo el mundo estrecho,

Cantan CHICHÓN y la MÚSICA

pues todo el mundo es línea de su imperio?

DIÓGENES: Necio te llamé una vez,
y ahora a llamártelo vuelvo.
¿Alejandro es más que un hombre,
tan vanamente soberbio,
que llora que hay sólo un mundo
para verle a sus pies puesto?
Pues ¿por qué me he de mover
a verle, cuando mi afecto
más fuera, si fuera un hombre
tan sabio, prudente y cuerdo
que llorara que no había
otros muchos mundos nuevos,

sólo para despreciarlos,
más que para poseerlos?
Pero esta filosofía
no es para ti, a lo que infiero
de tu traje y tus razones.

CHICHÓN: ¿Por qué?

DIÓGENES: Porque al culto atento
de ese humano dios aplaudes
su ambición, no conociendo
que con cuanto puede, no
puede enmendar un defecto
con que, para desengaño
de lo poco que es su imperio,
le dio la naturaleza
en los ojos.

CHICHÓN: Yo confieso
que, atravesados, es grande
la fealdad que tiene en ellos,
mayormente encarnizado
y lagrimoso el izquierdo,
sobre cuyo hombro derriba
la cabeza quizá el peso
del laurel; pero ¿qué importa
ser horroroso su aspecto,
si no le pasan al alma
imperfecciones del cuerpo?

DIÓGENES: Sí; mas debiera sin ellas
pasar al conocimiento
de que es todo su poder
caduco y perecedero;
pues con cuanto puede, no
puede enmendarse a sí mesmo.
Y dejando para otra
ocasión el argumento
(que no acaso este principio
quizá a mejor fin asiento),
aquésta es la fuente; toma,
este vaso es cuanto puedo
ofrecerte.

CHICHÓN: ¿Para qué?

DIÓGENES: Para que bebas, cogiendo
el agua con más descanso.

CHICHÓN: Mano con que beber tengo.

Llega a un lado del tablado, donde habrá una fuente, y bebe con la mano

Mi señora doña Clara,
cuyo corriente despejo
entre esotras flores vierte,
buscando la flor del berro,
en forma de besamanos,
como suelen desde lejos
los que afectan cortesías,
a usted saludo y protesto
la nulidad de la fuerza
que la sed me hace, advirtiendo
que no sirva de ejemplar

para otra vez.
DIÓGENES: ¿Qué es aquello?
Con la mano al labio sirve
el cristal. Al fin, es cierto
que no hay loco de quien algo
no pueda aprender el cuerdo;
pues si la naturaleza
me dio más noble instrumento
que el deste barro, de quien
servirme pueda, no quiero
ofenderla más, pues basta
el agravio que la he hecho
en no saberlo hasta ahora.

Quiebra el barro

CHICHÓN: Yo he bebido. Mas ¿qué es eso?
DIÓGENES: Romper ese inútil barro.
CHICHÓN: Pues ¿por qué?
DIÓGENES: Porque no tengo
de tener nada que sea
para la vida superfluo.
Si puedo vivir sin él,
ya que de tu sed lo aprendo,
¿para qué le quiero yo?
CHICHÓN: ¿De suerte que de provecho
no es lo que no es tan forzoso
que no se viva sin ello?
DIÓGENES: Claro está; pues para sola
una vida que tenemos
cuanto en ella está de más
está en el juicio de menos;
y ya que de ti enseñado
hoy en una parte quedo,
vélo tú en otra de mí,
considerando, advirtiendo
qué caso hará de Alejandro,
ni de todos sus anhelos,
sus aplausos, sus victorias,
sus conquistas y trofeos,
quien se embaraza con sólo
un tosco vaso grosero,
el día que llega a ver
que no tenerle es lo mesmo
que tenerle. Y porque más
se esmere el conocimiento
desta verdad, di a Alejandro
que Dïógenes, un viejo
mísero y pobre que en estas
soledades vive atento
más a saber que a adquirir,
no sólo va a verle, pero
por no verle, al tiempo que
con tanto heroico festejo,
según esas voces dicen,
viene atravesando al templo
de Júpiter (donde yace
el hadado nudo ciego

de Gordio), huyendo su vista,
va penetrando lo espeso
destas rústicas montañas.
Y añade que, si él es dueño
del mundo, lo soy yo más;
pues, en contrarios extremos,
él lo es porque le estima
y yo, porque le desprecio;
por más que esas voces digan
una y otra vez al viento . . .

Cantan DIÓGENES y TODOS

TODOS: *que a su imperio le viene el mundo estrecho,*
pues todo el mundo es línea de su imperio.

Vase DIÓGENES

CHICHÓN: Extrañas borracherías
son las de todos aquestos
filósofos; pues por sólo
haber dicho muy severo
cuanto en la vida es más
está en el juicio de menos,
se andará toda la vida
por aquesos vericuetos
con su filosofía a cuestas,
padre conscripto del yermo.

Ruido dentro

Pero ¿qué ruido es aquél
que hacen al umbral del templo
Alejandro y un anciano
sacerdote, a lo que veo,
de un yugo asidos los dos?

Salen ALEJANDRO y un SACERDOTE, asidos de un yugo, enredadas las coyundas, y Gente

SACERDOTE: Advierte...
ALEJANDRO: Yo nada advierto.
SACERDOTE: El agüero teme.
ALEJANDRO: Aparta;
que para mí no hay agüero.
SACERDORTE: Pues óyeme, y haz después
tu gusto.
ALEJANDRO: Di; ya te atiendo.
SACERDOTE: Grecia, esta parte del Asia,
sin rey se vio mucho tiempo,
sujeta a las sediciones,
parcialidades y encuentros
de tiranos que querían,
alegando los derechos
de las armas, serlo a costa

de robos, muertes e incendios;
en cuyo común desorden,
necesitado el consejo,
más que corregido, vino
a este inhabitado templo
de Júpiter a pedirle
en tantas ruinas remedio.
él, o agradecido al voto
o compadecido al ruego,
en voz de su estatua dijo
que entregasen el gobierno
de Asia al que en un monte hallasen
labrando el inculto seno
de sus bárbaras entrañas,
dos blancos novillos puestos
en el yugo de su arado;
por señas que en medio dellos
un águila abatiría
su más remontado vuelo.
¡Tan antiguo es en el mundo
el dar el águila imperios!
Sucedió así; pero apenas
los que le buscaban, viendo
el oráculo cumplido
en Gordio, un galán mancebo,
a sus plantas se arrojaron,
las señas obedeciendo,
cuando los novillos, que antes
el yugo arrastraban tiernos,
embravecidos lidiaron
por arrojarle violentos
de sus cervices; que un bruto
aun se desdeña de serlo
el día que llega a ver
con majestad a su dueño;
si ya no fue que al jurarle
rey, el yugo sacudieron,
como quien dice: "Más le has
menester para otros cuellos,
pues ya los de un vulgo debes
domar, antes que los nuestros."
Rompidas, pues, las coyundas,
dellas este nudo hicieron,
tan sin principio en sus lazos,
tan sin fin en sus extremos,
que no fue posible que
se les desatase. Y siendo
así, que a sacrificarlos
entraron con él al templo,
segundo oráculo en él
dio el gran simulacro inmenso;
pues en segunda voz dijo
que el que deshiciese el ciego
nudo, no sólo del Asia
tendría el dilatado imperio,
pero de la ignota parte,
que impide el peloponeso
monte descubrir, sería
monarca también, rompiendo

lo impenetrable de tanto
altivo, tanto soberbio
escollo armado de hiedra,
como se le pone en medio.
Con esta noble codicia
muchos, de ser los primeros
que abriesen el arduo paso
para esotro mundo nuevo,
el ciego nudo intentaron
deshacer osados; pero
no sólo de su ambición
consiguieron el efecto,
mas de su ambición quedaron
castigados; pues es cierto
que nadie lo intentó que,
a pesar de su despecho,
no quedase desde allí
a mil desdichas expuesto,
como en venganza de tanto
sacrílego atrevimiento.
Tradición es que ninguno
vivió feliz, y que muertos
con violencia fueron todos,
ya a la ira del acero,
ya a la ruina del acaso,
o a la traición del veneno.
Y así a tus plantas postrado,
humildemente te ruego
adviertas que...

ALEJANDRO: ¡Calla, calla!
Que de escucharte me ofendo.
Por el mismo caso que
es tan repetido el riesgo,
le he de despreciar.

Hace fuerza a desatar el nudo

En vano,
en vano (¡ay de mí!) lo intento,
si ya no es que haga la industria
lo que la fuerza no ha hecho. --
¿Dijo el oráculo más
que el que deshaga este ciego
nudo será vencedor
de ignotas gentes?

SACERDOTE: Es cierto.

ALEJANDRO: Pues yo lo seré, pues yo
dejaré el nudo deshecho.

Saca la daga y rompe la coyunda

SACERDOTE: ¿Qué haces?

ALEJANDRO: Cortarle, pues tanto
monta, para deshacerlo,
cortar, como desatar.

CHICHÓN: Yo también me hiciera eso.
¡Miren qué dificultad,

que la hace cada día un maestro
de niños, cuando el muchacho
se da nudos!
SACERDOTE: ¡Oh, el inmenso
Júpiter quiera que sea
desde hoy verdad el proverbio
del "tanto monta"!
ALEJANDRO: Sí hará;
y para que llegue a verlo
el mundo, apenas descanso
cobrará, cobrará aliento
mi ejército en Grecia, cuando
romperé a ese corpulento
gigante de piedra, que
con su frente abolla el cielo,
con su peso hunde la tierra,
con su bulto estrecha al viento,
el paso, hasta desmentir
estos fatales agüeros
que amenazaron a tantos;
porque ¿para quién el cielo
guarda un mundo, sino para
Alejandro?
CHICHÓN: Bueno es eso
para un recado que yo
te traigo.
ALEJANDRO: ¿De quién?
CHICHÓN: De un viejo,
dialéctico a todo trance,
filósofo a todo ruedo,
que por no verte, señor,
como había, de ti huyendo,
de echar por aquesos trigos,
echó por aquesos cerros,
diciendo a voces que es más
monarca del mundo entero
que tú.
ALEJANDRO: ¿Cómo?
CHICHÓN: Como él
hace del mundo desprecio,
cuando tú ganas el mundo.
ALEJANDRO: No dice mal, si eso es cierto.
Pero dime, ¿por no verme
fue por otra parte huyendo
de mi vista?
CHICHÓN: Sí, señor.
ALEJANDRO: Pues no ha de lograr su intento;
que si él, por altivo, no
quiere verme a mí, yo quiero
verle a él, por desengañado.
¿Adónde es su albergue?
CHICHÓN: Pienso
que a la falda dese monte.
ALEJANDRO: Llévame allá; que deseo
ver quién es dueño del mundo,
él dejando o yo adquiriendo.
CHICHÓN: Yo te guiaré, aunque otra vez
encuentre con quien me ha muerto.
ALEJANDRO: Pues ¿quién te ha muerto?

CHICHÓN: Una fuente
que al paso a todos saliendo
no sólo mata la sed,
pero la sed y el sediento.

Sale EFESTIÓN con un pliego

EFESTIÓN: Dame, gran señor, tus plantas.
ALEJANDRO: Esperad, después iremos;
que antes es esto que todo.--
Efestión, ¿qué hay de nuevo?
EFESTIÓN: Que ya Rojana, de Chipre
reina, heredera de Venus
tanto que igual la sucede
en la hermosura y el reino,
es tu esposa; en éste vienen
confirmados los conciertos.
ALEJANDRO: Los brazos toma en albricias;
que, si la verdad confieso,
desde que vi su retrato,
de amor vivo y de amor muerto
quedé a su vista, sin que
de Marte el rigor violento
borrado de mi memoria
su memoria haya. Mas esto
no hará novedad a quien
sepa que Amor, niño tierno,
en brazos creció de Marte
desde la cuna, teniendo
sus estragos por arrullos
y sus iras por gorjeos.
EFESTIÓN: Con unas armas presumo
que quiere entrambos afectos
Amor confrontar.
ALEJANDRO: Di, ¿cómo?
EFESTIÓN: Como si abrasó tu pecho
con un retrato, con otro
quiere en ella hacer lo mesmo,
que la envíe el tuyo sólo
me mandó. Y yo, previniendo
no perder espacio alguno,
hice sacar en pequeño
a tres pintores, que en Grecia
concurren, en este tiempo
los más famosos, de una
estatua que está en un templo
de Júpiter, tres retratos;
y traigo a los tres con ellos,
porque tienen variedad
en ideas y bosquejos,
porque elijas tú el que ha de ir.
ALEJANDRO: Mucho me holgaré de verlos.
EFESTIÓN: Timantes, Zeuxis y Apeles
son los tres.

Salen TIMANTES, ZEUXIS y APELES

CHICHÓN: (¿Qué es lo que veo? **Aparte**
¿Aquí Apeles? ¿Si osaré
hablarle?)
ALEJANDRO: Noticias tengo
de la elegancia con que
los tres sutiles y diestros
ejercéis el mejor arte,
más noble y de más ingenio.
TIMANTES: Si los príncipes le honraran,
señor, como vos, bien creo
que se adelantaran más
sus artífices.
ZEUXIS: Y es cierto,
pues sus estudios tuvieran
vuestros honores por premio.
APELES: Mayormente cuando fuera,
como ahora, su heroico empleo
vuestra persona; pues ella
hiciera su hombre eterno.
ALEJANDRO: Veamos el vuestro, Timantes.
TIMANTES: Huélgome que sea el primero,
porque, habiendo visto esotros,
no hiciérades déste aprecio.

Dale un retrato

ALEJANDRO: Esto no es retrato mío.
TIMANTES: ¿Cómo?
ALEJANDRO: Como en él no veo
esta mancha que borrón
es de mi rostro, poniendo
en disimularla todo
su primor el pincel vuestro.
Lisonjero habéis andado
en no decírmela, siendo
casi traición que en mi cara
me mintáis. Infame ejemplo
da ese retrato a que nadie
diga a su rey sus defectos.
Pues ¿cómo podrá enmendarlos
si nunca llegó a saberlos?
Tomad, tomad el retrato,
castigado el desacierto
de la lisonja, con que
perezca, por lisonjero.

Rómpele

TIMANTES: Señor...
ALEJANDRO: No más. --Dadme, Zeuxis,
el vuestro vos.
ZEUXIS: (Por lo menos **Aparte**
yo en él no le callo nada.)

Dale un retrato

ALEJANDRO: Más parecido está el vuestro;
pero no menos culpado.
ZEUXIS: ¿En qué, señor?
ALEJANDRO: En que viendo
estoy mi defecto en él
tan afectado que pienso
que en decírmele no más
todo el estudio habéis puesto;
con que igualmente ofendido
déste, que desotro, quedo;
pues lo que en uno es lisonja
es en otro atrevimiento.
Tampoco aqueste ejemplar
quede al mundo, de que necio
nadie le diga en su cara
a su rey sus sentimientos;
que, si especie de traición
el callarlos es, no es menos
especie de desacato
decírselos descubiertos.
Y así perezcan entrambos,
breves átomos del viento,
el uno por mentiroso
y el otro por verdadero.

Rómpele

Apeles, vuestro retrato
veamos.
APELES: Con temor le ofrezco.

Dale un retrato

ALEJANDRO: ¿Por qué? si al verle, me dais
a entender prudente y cuerdo
que sólo vos sabéis cómo
se ha de hablar a su rey, puesto
que a medio perfil está
parecido con extremo;
con que la falta ni dicha
ni callada queda, haciendo
que el medio rostro haga sombra
al perfil del otro medio.
Buen camino habéis hallado
de hablar y callar discreto;
pues, sin que el defecto vea,
estoy mirando el defecto,
cuando el dejarle debajo
me avisa de que le tengo,
con tal decoro que no
pueda, ofendido el respeto,
con lo libro del oírlo,
quitar lo útil de saberlo.
Este retrato ha de ir;
que, aunque haya de saber luego
Rojana esta imperfección,
por ahora por lo menos,

si viere que se la finjo,
no verá que se la miento.
Y para que quede al mundo
este político ejemplo
de que ha de buscarse modo
de hablar al rey con tal tiento
que ni disuene la voz
ni lisonjee el silencio,
nadie, sino Apeles, pueda
retratarme desde hoy, siendo
pintor de cámara mío.

APELES: Humilde tus plantas beso.

A EFESTIÓN

ALEJANDRO: Y tú a Zeuxis y a Timantes
haz que les den al momento
el precio de sus retratos;
que, porque yerre un ingenio
tal vez, no se han de pagar
los estudios con desprecios.
Y para que en mi servicio
entre con más lucimiento
Apeles, haz que le den
al punto medio talento
por este retrato.

A ALEJANDRO

EFESTIÓN: ¿Sabes
lo que monta?
ALEJANDRO: No, por cierto.
EFESTIÓN: Veinte mil escudos son.
ALEJANDRO: ¿No más? Pues dale otro medio.
EFESTIÓN: Mira que es precio excesivo
para Apeles.
ALEJANDRO: Calla, necio;
que si él es Apeles, yo
soy Alejandro y, midiendo
la distancia desde mí,
nada es excesivo precio.
APELES: Otra vez beso tus plantas;
y a tantas honras me atrevo
a suplicarte que una
añadas.
ALEJANDRO: Yo te la ofrezco.
¿Qué es?
APELES: Licencia de volver
a mi casa el breve tiempo
que tarde en traer mi familia.
ALEJANDRO: Ve, mas has de volver presto. --

A CHICHÓN

Vos, soldado, mientras yo
abro en mi tienda este pliego,

aquí esperad; que hemos de ir
a aquella visita.
APELES: ¡Cielos,
gran dicha ha sido la mía!
TIMANTES: Corrido voy.
ZEUXIS: Yo voy muerto.
EFESTIÓN: Mientras a su tienda vuelve
el César, id repitiendo:
TODOS: *¡El gran Alejandro viva!*
¡Viva el gran Príncipe nuestro!

Vanse todos menos APELES y CHICHÓN

CHICHÓN: Aunque hablarte había dudado,
no me sufre el corazón
no besar tus pies.
APELES: ¿Chichón?
Tú seas muy bien hallado.
¿Por qué no hablarme querías,
viéndome hoy aquí?
CHICHÓN: Porque,
como tu casa dejé,
pensé que de mí tendrías
queja.
APELES: Cuando esclavo fueras,
cuanto más crïado, no
tuviera esa queja yo;
pues si bien lo consideras,
hago a Júpiter testigo
que este brazo me cortara,
si este brazo imaginara
que no estaba bien conmigo.
CHICHÓN: No era estar contigo mal;
pensar que estaría, señor,
siendo soldado, mejor;
bien que de discurso tal
te han vengado mis sucesos;
pues fueron necios errores,
por no moler tus colores,
venirme a moler mis huesos.
Locamente me dejé
llevar de la vanidad,
pensando que era verdad
esto de la guerra, y que
a cuatro días sería
por lo menos general.
Hanme dicho el dado mal,
tanto que la suerte mía
de mochillero no pasa;
y así, ya que aquí has venido,
haz que aqueste pan perdido
se vuelva otra vez a casa.
Ya de Alejandro criado
eres, y un talento tienes
de hacienda, con que a ser vienes
el más rico de tu estado.
Fuerza es que has de recibir
quien te sirva; pues ¿a quién

como a mí, sabiendo bien
lo mal que te he de servir?
APELES: ¿Y ésa es conveniencia?
CHICHÓN: Pues,
¿qué conveniencia mayor
que ver desde ahora, señor,
lo que has de pasar después?
¿Sería mejor que entrara
a servirte un mogigato,
que a dos días de beato
el tercero te robara?
¿Cuánto más bien te está que
yo entre, con conocimiento
que te quitaré el talento,
mas no te le robaré?
APELES: ¿Aun todavía te estás,
Chichón, de aquel mismo humor?
CHICHÓN: Humores locos, señor,
no convalecen jamás.
Pero dime, ¿en qué quedamos?
APELES: En que yo nunca podré
negarte mi casa.
CHICHÓN: Pie
y mano te beso.
APELES: Vamos
a saber lo que es servir
CHICHÓN: Si no lo sabes, sospecha
que es religión bien estrecha.

Dentro instrumentos

APELES: ¿Cómo? Mas ¿qué es lo que a oír
llego?
CHICHÓN: Un templado instrumento.
APELES: Y al compás suyo, parece
que sonora voz ofrece
nuevas cláusulas al viento
desde aquella quinta.
CHICHÓN: Aquí,
si no miente el juicio mío,
prisioneras de Darío,
que están las hijas oí.
Y como consigo tienen
las beldades soberanas
de tantas damas persianas
como en su servicio vienen,
querrán aliviar su pena.
APELES: No es novedad en su esquivo
hado cantar el cautivo
con el son de la cadena.
Oye; que la simpatía
tras sí arrastrarme procura
que tienen con la pintura
la música y la poesía.

Cantan dentro en lo alto a un lado

VOZ 1: *Sobre los muros de Roma,*
de quien es espejo el Tíber,
prisionera de Aureliano,
Cenobia al aire repite:
TODAS: *¡Ay de aquélla que vive*
en campos extranjeros sola y triste!

Dentro

ESTATIRA: *¡Ay de aquella que vive*
en campos extranjeros sola y triste!

CHICHÓN: No conforman tono y letra
mal a su estado, pues son
de Cenobia a la prisión.
APELES: ¿Qué sentido no penetra
la música?
CHICHÓN: En la batalla
suele Alejandro mandar
a sus músicos cantar
para animarse.
APELES: Oye y calla.

Al otro lado en lo alto cantan

VOZ 2: *Aquella ilustre matrona*
que no se rindió invencible
a tantas armadas huestes,
a sólo un dolor se rinde.
TODAS: *¡Ay de aquélla que vive*
en campos estranjeros sola y triste!

Dentro

SIROÉS: *¡Ay de aquélla que vive*
en campos estranjero sola y triste!

APELES: Sus penas dan que sentir.
CHICHÓN: Por eso debe de ser
Alejandro no las ver.
APELES: Ni yo las quisiera oír.

VOZ 1: *Y como el llanto tal vez*
templa lo que el mal aflige...
VOZ 2: *en lágrimas y suspiros*
al aire y al agua dice...
LAS DOS: *¡Ay de aquélla que vive...*
TODAS: *¡Ay de aquélla que vive...*
LAS DOS Y TODAS: *en campos extranjeros sola...*

Dentro ruido de espadas, y dice dentro CAMPASPE lastimada

CAMPASPE: *¡Ay triste!*

Dentro

SOLDADOS: ¡Prendedla o muera!
APELES: ¡Oye, espera!
¿Qué es lo que llego a escuchar?
CHICHÓN: Aquéste es otro cantar.
CAMPASPE: ¡Ay de mí!
SOLDADOS: ¡Prendedla o muera!
APELES: De unos soldados seguida,
de aquel monte, al parecer,
una montaraz mujer
baja, en su sangre teñida,
defendiéndose valiente
de todos.

Quiere ir adentro

CHICHÓN: ¿Adónde vas?

Detiénele

APELES: ¿Cómo eso dudando estás?
A socorrerla...
CHICHÓN: ¡Detente!
APELES: desos cobardes villanos.
CHICHÓN: ¿De qué sabes que lo son?
APELES: De que con infame acción
ponen en mujer las manos.
CHICHÓN: Ya no podrás; que en un vuelo,
de sus armas acosada,
desde el monte despeñada
da a tus pies.

Sale CAMPASPE cayendo, vestida de cazadora rústica, con la espada en la mano, ensangrentado el rostro

CAMPASPE: ¡Válgame el cielo!
APELES: Hermosa deidad del monte,
que con despeñado ultraje,
a no desmentirlo el traje,
te tuviera por Faetonte,
pues te traes la luz tras ti
de toda esa azul esfera,
vive, porque ella no muera.
CAMPASPE: ¡Ay, infelice de mí!
Si acaso, joven gallardo,
desdichas de mujer mueven
tu pecho y piedad le deben,
que me defiendas aguardo
desa gente, que hoy espera
prenderme o matarme.
APELES: En mí
tendrás quien te ampara aquí.
CHICHÓN: En mí no.

Salen los Soldados que pudieren

SOLDADOS: ¡Prendedla o muera!
APELES: ¿Qué es prenderla ni matarla,
habiendo llegado donde
mi valor, que corresponde
a su obligación, guardarla
sabrá, sin que de su muerte
ni de su prisión logréis
el intento que traéis?
SOLDADOS: ¿De qué suerte?
APELES: De esta suerte.
--Ponte, Chichón, a mi lado.

Riñen

CHICHÓN: ¿No basta que sea Chichón,
sino también coscorrón?
SOLDADO 1: Muera quien libre y osado
ampara una delincuente.
APELES: Huye, señora; que yo
te guardo el paso.
CAMPASPE: Eso no;
que, restándote valiente
tú por mí, no he de dejarte.
En este umbral te mejora.

Pónese a una puerta

CHICHÓN: Marimacha es la señora.
SOLDADO 1: Ni guardarla es ni guardarte.
APELES: ¡Ay de mí!

Cae

CAMPASPE: ¿Qué estoy mirando?
APELES: Matar a un tiempo y morir.

Dentro

MUJERES: No salgas.
ESTATIRA: He de salir.

Pásase CHICHÓN contra CAMPASPE

CHICHÓN: Pásome acá, que van dando.
SOLDADO 2: ¿Ya qué defensa hay que aguardes?
Date, pues que no hay más plazos,
a prisión.
CAMPASPE: Hecha pedazos.

Salen ESTATIRA, SIROéS, CLORI, NISE y SOLDADOS

ESTATIRA: ¿Contra una mujer, cobardes?
SOLDADOS: Advierte...
ESTATIRA: No digáis nada.
Ese joven retirad;
y si no ha muerto, cuidad
de su salud, albergada
en vuestra guardia. --Y ahora
vosotros esta mujer
dejad, pues se llega a ver
en mi amparo.
SOLDADOS: Ya, señora,
tu respeto nos ha puesto
freno.
ESTATIRA: Retiraos de aquí.

CAMPASPE

CAMPASPE: ¿Qué es lo que pasa por mí?

Retírase. Salen ALEJANDRO y EFESTIÓN

EFESTIÓN: Aquí es el ruido.
ALEJANDRO: ¿Qué es esto?
SOLDADO 1: Esto es...
ESTATIRA: No prosigáis, no,
villanos; que no ha de osar
nadie a hablar ni a respirar
adonde estuviere yo.

A ALEJANDRO

EFESTIÓN: (Que son las infantas mira.)
ALEJANDRO: (Ya hablarlas cosa es forzosa.)
¿Qué es esto, Siroés hermosa?
¿Qué es esto, bella Estatira?
Que ya mi valor aplica
la venganza a vuestros pies.
CHICHÓN: ¿Estatira y Siroés?
¿Son infantas de botica,
donde todo es jerigonza?
NISE: Así una y otra se llama.
CHICHÓN: Pues dadme désa una drama,
que ésta ella dará una onza.
ESTATIRA: Esto es el poco decoro
que debe a tu Majestad
la sagrada inmunidad
de la guerra, pues no ignoro
que, si a mi hermana y a mí
prisioneras nos tratara
conforme a la ilustre y clara
real sangre nuestra, no así
sus soldados se atrevieran
a profanar desleales
el respeto a estos umbrales;

pero si ellos consideran
el despego con que no
quiso hablarnos, quiso vernos,
desde que llegó a tenernos
en su campo, hasta que dio
esta ocasión el acaso,
¿qué mucho que a su ejemplar
el tumulto popular
no haga de nosotras caso?
Sin ver que el ser prisioneras
no es ser esclavas, pues una
cosa es mostrar la fortuna
en nosotras sus severas
iras, y otra no tener
en la ley de la prisión
el trato y la estimación
que no perdió nuestro ser
con la libertad, el día
que padre y patria perdió;
que, aunque a Júpiter juró
que libres no nos vería,
a cuyo efecto en rescate
nuestro tan grande tesoro
pidió en piedras, plata y oro,
que no es posible se trate
cumplir; no por eso había
yo de dejar de ser yo.
Y para que vea si dio
ejemplar a la osadía
de sus soldados, habiendo
oído en mi cuarto el rumor,
vi desde ese mirador
un infeliz defendiendo,
su esposa o su dama sea,
la vida de una mujer,
que lo mismo viene a ser
cuando en su amparo se emplea,
para cumplir con su fama;
pues consecuencia es forzosa
que no defienda a su esposa
quien no defiende a su dama.
Robársela pretendían,
sin duda; pues al llegar,
que la habían de llevar
en altas voces decían.
él, mirándose acosado,
para resguardo tomó
esta puerta, donde no
le valió el noble sagrado,
pues en ella y a mis pies,
aun defendiéndole yo,
herido o muerto cayó.

ALEJANDRO: Una y otra queja es
muy digna de ti; y ahora,
respondiéndote, primero
que te desenoje, quiero
satisfacerte, señora,
a la primera que das
de no haberte visto; pues

piedad, no despego, es
huir tu vista; que si estás
de mis armas prisionera,
¿para qué te había de ver?
Puesto que no había de ser
que la libertad te diera.
Ver yo presa una beldad,
para dejármela presa,
es cosa en que no interesa
crédito mi autoridad;
y más si llorara, siendo
así que vivo temblando
más a una mujer llorando
que a un ejército venciendo.
Si a Júpiter le ofrecí
no libraros, noble indicio
fue del mayor sacrificio
que hacer pude; y si pedí
perlas de tan gran valor,
fue de mi estimación muestra,
pues aun una esclava vuestra
valiera precio mayor;
y pues piadoso mi acción
ya en aquesta parte deja
hoy respondida la queja,
paso a la satisfacción.

A SOLDADOS

--¿Cómo, cobardes villanos,
hacéis de delitos tales
cómplices estos umbrales?
¡Por los dioses soberanos,
que vuestras vidas...

SOLDADO: Señor,
no, mal informado, des
crédito al enojo, pues
no es tan ciego nuestro error
como imaginas; que aquella
mujer que hasta aquí llegó
y aquel joven defendió,
no era por ser dueño della,
sino porque altivo y fuerte
se empeñó, habiendo intentado
prenderla, por haber dado
a Teágenes la muerte.

ALEJANDRO: ¿Quién muerte a Teágenes dio?

SOLDADO: La mujer que seguí fue.

ALEJANDRO: ¿Muerta a Teágenes? ¿Por qué?

Sale CAMPASPE

CAMPASPE: Eso he de decirlo yo.

Invicto Alejandro, a cuyo
valor son materia fácil,
si a tu duración aspiras,

el bronce, el mármol y el jaspe;
pues a tu sagrado nombre
apellidan inmortales
esculpidas letras de oro
en láminas de diamante:
tú, que desde los primeros
años de tantas campales
lides saliste bien, como
brazo derecho de Marte,
siendo en la tierra tus huestes
y siendo en el mar tus naves
siempre vencedor de todos,
nunca vencido de nadie;
hijo del grande Filipo
(esto que te diga baste,
pues no hay que ser más que ser
hijo de Filipo el grande):
a tus plantas delincuente
hoy una mujer se vale,
más en la fe de tus iras
que no en la de tus piedades.
No, pues, generoso quiero
que me escuches, sino antes
severo; porque es mi culpa
tan heroicamente amable
que, a precio de que la sepas,
no rehuso que la mandes
castigar, como el padrón
diga en mi huesa: "Aquí yace
quien osó morir valiente,
porque osó vivir constante."
Hija soy de Timoclea,
griega matrona, a quien hacen,
como a deidad destos montes,
sacrificios estos valles.
Difunto su ilustre esposo,
conmigo, en años infante,
a llorar su viudedad
se vino a estas soledades,
donde una hermosa alquería
que en la cerviz dese Atlante,
verde pedazo de cielo,
registra montes y mares,
fue su albergue y fue mi cuna,
sin que nunca a ver llegase
ni más políticas gentes
ni más pobladas ciudades
que estos riscos y estas breñas;
en cuyas austeridades
crecí, tan hijos del campo
mis afectos montaraces
que, pirata de la selva,
que, bandolera del aire,
[en dos elementos] reina
de las fieras y las aves,
el nombre de Timoclea,
último don de mi madre,
no sin jactancia al oírle,
me trocó en el de Campaspe,

como quien dice, campestre
deidad de uno y otro margen.
Pero ¿qué mucho? si como
yo el venablo desembrace,
como yo la flecha vibre,
no hay en términos distantes
pluma que el abril matice
ni piel que el diciembre manche
que por feroz se redima
ni que por veloz se salve,
hasta que ala o testa en
boreal venatorio examen
a mis umbrales no sea
adorno de mis umbrales;
tanto, que el que peregrino
a ellos llega con pie errante,
al ver colgadas las armas
en su frontispicio sabe
que, como reina de montes,
tengo guarda de animales.
Parece que del fracaso
que hoy a tus plantas me trae
la digresión me retira;
pues no; que, para que pasen
mis desdichas a su extremo,
es fuerza prevenir antes
que caen sobre sujeto
tan fiero y tan intratable
como el mío, porque hay
delitos menos culpables
en unos sujetos que otros;
y para haber de juzgarse
conviene que el juez distinga
sobre qué sujeto caen,
porque tiene no sé qué
prerogativas aparte,
para ser tal vez altiva,
la que nunca ha sido fácil.
Y así, asentado que yo
siempre en ejercicios tales
ignoré de Flora y Venus
las dos profanas deidades,
tanto, que amor a mi oído,
si acaso le nombra alguien,
me suena como ruidoso,
pero no como süave,
voy a que, habiendo tu gente
alto hecho en ese admirable
país de Grecia, porque en él
de tantas marchas descanse,
una desmandada tropa
destos soldados, que infames
califican lo que es hurto
con nombre de que es pillaje,
como si mudara especie
la ruindad por mudar frase,
a mi alquería llegó
(vergüenza es que en esto hable,
mas mejor están desnudas

que vestidas las verdades),
donde vilmente enconados
en robar dos recentales,
se trabaron de cuestión
con los bárbaros gañanes
que mis labranzas cultivan
y que mis ganados pacen.
A este ruido, pues, llegamos,
casi a concurrir iguales,
yo, que del monte venía,
y uno de tus capitanes,
cuyo nombre no le supe,
hasta oír aquí nombrarle.
Saludámonos corteses,
y acudiendo a reportarles,
retiré mi gente yo
y él la suya, sin que pase
más adelante su duelo
que no pasar adelante.
¿Quién creerá que nuestras guerras
naciesen de nuestras paces?
Hasta dejarme en mi quinta
me fue acompañando. Nadie
en lo galante se fíe,
porque suele lo galante
afeitar a lo traidor
la tez, bien como sagaces
las astucias de las flores
las asechanzas del áspid.
Despidióse de mí; y cuando
tranquilas seguridades
de la paz de mis sentidos,
ociosamente agradables,
me adormecían, al son
de unos sonoros cristales
que en un jardín entonaban
en bien templados compases
la natural armonía
de las copas de los sauces,
sentí ruido y vi por una
pared de hiedra arrojarse
un hombre al jardín, rompiendo
la muda clausura al parque.
Turbóme no conocido
primero; pero al instante
que distinguí de más cerca
el rostro, persona y traje,
conocido me turbó,
por dar de ladrón señales,
que por las paredes entre
el que ya las puertas sabe.
"¿Qué es esto?" dije y no pude
proseguir, porque a la cárcel
de mis ya presos alientos
torció el corazón la llave.
Lo mismo debió (¡ay de mí!)
de sucederle y pasarle
a él, porque, aunque hablar quiso,
fue solo con el semblante;

de suerte que, por algún
espacio los dos iguales
hablamos como por señas,
él suspenso y yo cobarde,
hasta que, ya prorrumpida
en mal troncadas mitades
la voz, vino a decir una
para mí tan disonante
que él pensó que era lisonja
y yo pensé que era ultraje.
"Amor" fue, como quien pone,
cuando algún volumen hace,
la inscripción en el principio,
para que ninguno extrañe
la materia o la cuestión
que ha de tratar adelante.
No le di yo tanta espera,
porque al ir a pronunciarle,
veloz la espalda volví,
mas no tanto que en mi alcance
no le valiese la acción
lo que la voz no le vale.
La mano me echó y yo, viendo
(¡oh, aquí el aliento me falte!)
que libertades no dichas
eran hechas libertades,
dictada no sé de quién,
de mi honor o mi coraje,
me hallé su espada en la mano,
sin saber quién se la saque
de la cinta; bien que ahora
lo sé, pues, para acordarme
que fue él, el corazón,
al ver que en dudar le agravie,
como quien dice "yo fui",
en mudos impulsos late.
él, haciendo licencioso,
con risueñas falsedades,
de mi amenaza desprecio,
de mi cólera donaire,
segunda vez a mi mano
la mano osó, pero en balde,
pues cuando pensó que eran
mujeriles ademanes,
la esmeralda de las flores
tiñó de su rojo esmalte.
"¡Muerto soy!" dijo; y al eco
de sus repetidos ayes
los que de escolta tenía
a golpes la puerta abren.
Furiosos entran y, viendo
el desangrado cadáver,
conmigo embisten. Yo, entonces,
por un postigo que cae
al monte, me puse en fuga;
ellos tras mí al monte salen.
Tal vez lidio y tal vez corro,
hasta que, sin que me amparen
valor ni fuga, cayendo

vine desde el monte al valle,
donde un generoso joven,
o de honrado o de arrogante,
puesto en mi defensa, impide
que me prendan o me maten,
tan a toda costa que
fue su vida mi rescate;
de suerte que, de dos vidas
deudora, a tus plantas reales,
de dos muertes delincuente,
me arrojo, para que pague,
no la muerte que yo hice,
sino la que esotros hacen;
pues más culpada en aquésta
que en esotra soy, si añades
al blasón de la primera
de la segunda el desastre.

De rodillas

Con que a tus plantas, señor,
poniendo a un tiempo delante
sobre la sangre de uno
de otro la espada y la sangre,
humilde te pido (así
del Peloponeso pases
las siempre intrincadas breñas,
cuyo nevado turbante
sobre sus penachos vea
tremolar tus estandartes,
bien como el gran César vio
teñir de púrpura el Ganges,
trascendiendo desde el Tigris
su lábaro hasta el Eufrates)
que acabes, señor, conmigo,
para que conmigo acaben
tantas ansias, tantas penas,
tantas iras, tantos males,
tantos estragos y tantos
escándalos y pesares
como amenazan mi vida
y como mi alma combaten.

ALEJANDRO: Con llanto y valor a un tiempo
los dos extremos tomaste
a mi inclinación, mujer,
sin saber determinarme
si me obligues porque lloras
o porque matas me agrades.
--Prended a aquesos soldados.

Prenden a los SOLDADOS, y quieren llevar a CHICHÓN

CHICHÓN: A mí no, que yo a esperarte
estaba para ir a aquella
visita.

ALEJANDRO: Es verdad; dejadle
a ése solo.

CHICHÓN: Tus pies beso.
(El demonio que aquí aguarde **Aparte**
ni diga que es su criado,
o muera Apeles o sane.)
ALEJANDRO: Mira, Estatira, si fueron
o rigores o piedades
las que usé contigo, pues
lo hice por no obligarme
a sentir, si tú sintieses,
ni a llorar, si tú llorases.
Y pues con este ejemplar
respondo a las dos iguales,

A CAMPASPE

de parte de mi justicia,
si no te sigue otra parte,
perdonada estás, mujer;
y para de aquí adelante
o no mates, ya que llores,
o no llores, ya que mates.
--Ven, Efestïón.
EFESTIÓN: ¿Qué llevas?
Que dice mucho el semblante.
ALEJANDRO: No sé; pero mucho temo
llanto y valor de Campaspe.

Van ALEJANDRO y EFESTIÓN

ESTATIRA: Aunque parezca que no
es cortesano hospedaje
el que una presa se atreva
a convidar con su cárcel,
si el horror de vuestra casa
o de aquestas soledades
el riesgo en tiempo de guerras
permiten, ya que llegasteis
aquí, que os quedéis conmigo
será para mí de grande
lisonja.
CAMPASPE: Vuestros pies beso.
Y pues que no puede nadie
pagar, si no es recibiendo,
el favor que se le hace,
le admito hasta que de aquestos
soldados asegurarme
pueda.
ESTATIRA: Con nada pudisteis
mejor el deseo pagarme.
Venid. --¡Siroés!
SIROÉS: ¿Qué llevas?
Que dices mucho, aunque calles.
ESTATIRA: No sé; pero mucho temo,
imaginándole antes
tan fiero a Alejandro, ver
a Alejandro tan afable.

Vanse ESTATIRA y SIROéS

NISE: Dicha ha sido para todas
tal huéspeda.
CLORI: De mi parte
yo me doy la norabuena.
CAMPASPE: ¡El cielo a las dos os guarde!
(Oh, ¡qué de cosas, fortuna, **Aparte**
llevo que comunicarte!
¡Quiera Júpiter, no sea
a las futuras edades
la tragedia de aquel joven
asunto a la de Campaspe!)

SEGUNDO ACTO

Salen ALEJANDRO, EFESTIÓN y SOLDADOS

ALEJANDRO: Y, en fin, ¿qué supiste?
EFESTIÓN: Supe
que piadosamente bella
se compadeció Estatira
de sus contadas tragedias
y que, porque no volviese
por ahora a una desierta
alquería donde estaba,
mientras la gente de guerra
en estos montes se aloja,
a tantos riesgos expuesta,
la rogaba se quedase
en su compañía, y ella
lo aceptó, de suerte que
donde hoy Campaspe se alberga
es la quinta de Estatira.
ALEJANDRO: Ambas anduvieron cuerdas,
una en ofrecerlo y otra
en aceptarlo, aunque fuera
mejor para mí, que no
anduviesen tan atentas.
EFESTIÓN: Pues ¿por qué?
ALEJANDRO: Porque en su casa
me fuera más fácil verla,
pues no faltara ocasión
para entrar tal vez en ella
con achaque de la caza.
EFESTIÓN: Quizá está la conveniencia
en la dificultad.
ALEJANDRO: ¿Cómo?
EFESTIÓN: Como las correspondencias
aun más prendadas se gastan
con la lima de la ausencia;
pues siendo así, ¿qué será

la aun no prendada?
ALEJANDRO: Eso fuera
en otro, pero no en mí.
EFESTIÓN: ¿Por qué?
ALEJANDRO: Porque mi violenta
condición, bien como rayo,
se irrita en la resistencia.
Sólo porque inconveniente
ya en el primer paso encuentra,
nace con mayor instancia
y crece con mayor fuerza.
Pero dime, ¿quién a ti
te contó lo que me cuentas?
EFESTIÓN: Tienen Siroés y Estatira
consigo mil damas bellas
que a fuer de palacio tratan
la prisión, y no desdeñan
los públicos galanteos
de algunos amantes. Destas
Nise, una de las que cantan,
porque tal vez se diviertan,
a título que llevaba
un papel mío una letra
para cantar (que los versos
suelen tener dos licencias),
me la dio de hablarla hoy;
y de una en otra materia
me dijo lo que te he dicho.
ALEJANDRO: Pues tú, para que yo sepa
de Campaspe, has de asistir
desde hoy con mayor fineza
a esa dama, y disponer
que nos sirva de tercera.
EFESTIÓN: ¿Tanto la primera vista
de una montaraz belleza,
y más cuando ya Rojana
dicen que embarcada queda,
pudo rendirte?
ALEJANDRO: ¿Qué quieres,
si, como ya dije, al verla
una vez matando altiva,
otra vez llorando tierna,
a mi ánimo y mi piedad
supo tomar las dos sendas;
de suerte que el albedrío
no tiene por donde pueda
escapar, pues a ambas partes
halla cerrada la puerta?
EFESTIÓN: Mejor medio hay.
ALEJANDRO: ¿Qué es?
EFESTIÓN: Que ya
que de Estatira la queja
logró tus satisfacciones,
las prosigas; pues con verla
verás con ella a Campaspe.
ALEJANDRO: Bien a mi amor aconsejas;
y así, en viendo ese prodigio,
que es oráculo de Atenas,
a quien por curiosidad

aun antes de la primera
luz, porque no huya de mí,
vengo buscando a esta selva,
me pasaré por la quinta.
EFESTIÓN: De la boca de una cueva
que a la falda de aquel risco
melancólica bosteza,
ya el soldadillo, que fue
a buscarle, sale.

Sale CHICHÓN

CHICHÓN: Llega,
señor; que en casa está el viejo.
ALEJANDRO: ¿Dijístele que a sus puertas
estaba Alejandro?
CHICHÓN: Sí.
ALEJANDRO: Pues ¿cómo no sale a ellas,
habiendo mi nombre oído,
a recibirme siquiera?
CHICHÓN: Como dice que es temprano,
porque el sol aun no calienta;
que, en saliendo el sol, saldrá.
ALEJANDRO: Y ¿qué hacía?
CHICHÓN: En una media
tinaja, llena de lana,
metido hasta la cabeza
estaba, que parecía
degollado de comedia,
sin que haya en todo el espacio
más cama, silla ni mesa
que un candil y cuatro libros.
ALEJANDRO: Hombre que en tanta miseria
vive, de saber que yo
vengo a verle ¿ni se altera
ni se sobresalta más?
CHICHÓN: Y porque mejor lo veas,
oye, que vuelvo a llamarle.
--Señor Diógenes, advierta
que viene a verle Alejandro.

Dentro

DIÓGENES: ¿Hele dicho yo que venga?
Pues si yo no se lo he dicho,
que se espere o que se vuelva.
ALEJANDRO: No hay más que decir.
EFESTIÓN: O mucha
constancia o locura es ésta.
ALEJANDRO: Sea lo que fuere, ya
hice capricho de verla;
si es constancia, por aprecio,
y si es locura, por fiesta.
--Bien podéis salir, que ya
el sol sus rayos despliega.

Sale DIÓGENES

DIÓGENES: Pues a ver el sol saldré;
que, al fin, es el que me alienta,
me anima y me vivifica.
ALEJANDRO: ¿De suerte que, si no fuera
por el sol, lo que es por mí
no salierais?
DIÓGENES: Lo que hiciera
no sé; mas sé que él me trae
en la regular tarea
de las noches y los días
esta luz hermosa y bella,
y que vos no me traéis nada.
ALEJANDRO: Sí traigo.
DIÓGENES: ¿Qué?
ALEJANDRO: La respuesta
de un recado que me dio
vuestro ese soldado.
DIÓGENES: ¿Qué era?
Que como cosa de poca
sustancia no se me acuerda.
ALEJANDRO: ¿De poca sustancia es
decir que en mi competencia
sois vos más dueño del mundo
que yo?
DIÓGENES: Ah sí, ya se me acuerda,
es verdad, yo se lo dije.
Y si de escucharlo os pesa,
perdonad, lo dicho dicho.
ALEJANDRO: Antes me huelgo, y por esa
razón vengo a visitaros;
pues es justo que a ver venga
Alejandro a un igual suyo.
DIÓGENES: Pues como entre iguales sea
la visita. Ahí hay un tronco,
sentaos; que yo en esta peña
procuraré acomodarme.

Siéntanse, y CHICHÓN hace que quita un piojo a DIÓGENES

ALEJANDRO: Agradezco la licencia. --
¿Qué es eso?
CHICHÓN: Deste monarca
la caballería ligera
que en desmandadas patrullas
va saliendo a pecorea
con el día.
DIÓGENES: Quita, necio.
CHICHÓN: Ya quito.
ALEJANDRO: Locuras deja. --
Y pasando, como amigos,
del cumplimiento a la queja,
dícenme que, por no verme,
echasteis por otra senda.
DIÓGENES: También me dicen que vos,
por verme, echasteis por ésta.

ALEJANDRO: ¿Y es la misma razón huir
vos que yo buscar?
DIÓGENES: La mesma;
pues ni otro huyera de vos,
sino yo, ni otro viniera,
sino vos, a verme a mí;
y así es clara consecuencia
que, haciéndolo por hacer
los dos lo que otro no hiciera,
ni en vos hay queja ni en mí
culpa.
ALEJANDRO: Y eso ¿en qué se prueba?
DIÓGENES: En que esto de los caprichos
más quiere maña que fuerza.
ALEJANDRO: No decís mal. Pero vamos
a saber de qué manera
sois vos más dueño del mundo
que yo.
DIÓGENES: Pues ¿no es evidencia
que es más rico el que le sobra
que el que le falta la hacienda?
ALEJANDRO: Claro está.
DIÓGENES: Luego si a vos
sola una parte pequeña
que os falta os trae desvelado,
y no veis la hora de verla
debajo de vuestro imperio,
y a mí nada me desvela,
porque no se me da nada
que sea mía o no lo sea,
más rico soy yo que vos;
pues a vos os falta esa
parte que deseáis, y a mí
me sobran todas aquéllas
que no deseo. Y si no,
pasemos a la experiencia
a cuál está más contento:
¿vos con toda esa grandeza,
majestad y pompa, o yo
con toda aquesta miseria,
hambre y desnudez?
ALEJANDRO: No quiero
aventurar el apuesta.
Pero la posteridad
de una heroica fama eterna
¿será vuestra o será mía?
DIÓGENES: Será mía y será vuestra.
ALEJANDRO: ¿Cómo?
DIÓGENES: Como quien dijere
que vino Alejandro a Grecia
dirá cómo visitó
a Dïógenes en ella;
con que en la historia vendremos
a correr los dos parejas,
vos por hacer la visita
y yo por no agradecerla.
Fuera de que, ¿qué me importa
que fama o no fama tenga,
si un aliento de la vida

hoy calladamente suena
más que después todo el ruido
de sus trompas y sus lenguas?
ALEJANDRO: Pues siendo así que la vida
es lo que se goza della,
vos no la gozáis, yo sí.
Y para que lo veáis, sea
éste también mi argumento,
para que a escuchar no vuelva
que no vengo a traeros nada.
¿Qué queréis que mi grandeza
os dé?
DIÓGENES: Con que no me quite
mi vanidad se contenta..
ALEJANDRO: Con que no os quite... ?
DIÓGENES: Sí.
ALEJANDRO: Pues
decidme, por que lo sepa.
¿Qué es lo que yo os quito?
DIÓGENES: El sol
que va tomando la vuelta.
Y así pasaos aquí, no
me quitéis, por vida vuestra,
lo que no me podéis dar.
ALEJANDRO: Yo os estimo la advertencia.
Y pues que ya os doy el sol,
daros lo demás quisiera.
¿Qué queréis que por vos haga?
DIÓGENES: A tan general promesa,
liberal y generosa,
darme por vencido es fuerza.
Ahora bien, haced por mí . . .
ALEJANDRO: Decid, nada os enmudezca.
¿Qué queréis que haga por vos?

Levanta DIÓGENES una flor del suelo

DIÓGENES: Sola otra flor como ésta.
ALEJANDRO: Eso fuera ser criador;
no cabe en la humana esfera
tan soberano atributo.
DIÓGENES: Pues ¿qué hay que os desvanezca?
Si vuestro poder no basta
a hacer una inútil yerba,
que da el prado tan de balde
que la pace cualquier fiera,
que cualquier ave la pica
y la aja cualquier huella,
id con Dios; y a los que estudian
las desengañadas ciencias
que en ese azul libro y ese
verde libro nos enseñan
ya caracteres de flores
y ya imágenes de estrellas,
porque aprendamos a un tiempo
divinas y humanas letras,
investigando ingeniosos
aquella causa primera

de todas las otras causas,
no vengáis a hacerles pruebas
de qué quieren o qué estiman;
que no hay que estimen ni quieran,
sino sólo desengaños.
Y porque mejor se vea
cuál es más rico tesoro,
la majestad o la ciencia,
ya que la primera huisteis,
vaya la segunda apuesta:
a cuál necesita antes
o yo de vuestras riquezas
o vos de mis ciencias.

ALEJANDRO: Yo
quiero, porque no parezca
que ambas apuestas rehuso,
entrar satisfecho en ésta
de que nunca necesite
de vos.

Dentro

UNOS: ¡Al valle!
OTROS: ¡A la selva!
ALEJANDRO: Mirad qué ruido es aquése.

Vase un SOLDADO

DIÓGENES: ¿Y qué perderá el que pierda?
ALEJANDRO: Darse por vencido al otro.
DIÓGENES: Norabuena.
ALEJANDRO: Norabuena.
DIÓGENES: Pues, adiós.
ALEJANDRO: Adiós.
EFESTIÓN: ¿Posible
es que has tenido paciencia
para sufrir este loco?
ALEJANDRO: Mal, Efestión, le afrentas;
que si hubiera de dejar
de ser quien soy, y estuviera
en mí elegir lo que había
de ser, ten por cosa cierta . . .
EFESTIÓN: ¿Qué?
ALEJANDRO: Que, no siendo Alejandro,
ser Dïógenes quisiera.
EFESTIÓN: En los bronces de la fama
vivirá en el mundo eterna
esa sentencia.
CHICHÓN: Y quizá
habrá en el mundo poeta
que della se ría, diciendo
que es delirio y no sentencia
que celebra el lisonjero.

Dentro

UNOS: ¡Al monte!
OTROS: ¡Al valle!
OTROS: ¡A la selva!

Sale el SOLDADO

SOLDADO: Estatira y Siroés,
como ya mandaste, al verlas,
aliviarlas la prisión,
usando de la licencia,
al coto que de su estancia
las altas paredes cerca,
dicen que a caza han salido.
ALEJANDRO: ¿Si habrá salido con ellas
Campaspe?
EFESTIÓN: Pues ¿quién lo duda
y que suya, señor, sea
toda aquesa montería
y a enseñar el monte venga?
ALEJANDRO: Pues un caballo me dad;
que como acaso quisiera
salirles al paso. (Amor,
guía mis plantas, y emplea
tus dos mejores alhajas
en los dos, el arco en ella,
pues cazadora es, y en mí,
pues que voy ciego, la venda.)

Vanse todos y queda CCHICHÓN

TODOS: ¡A la selva, al valle, al monte!

Dentro

CHICHÓN: ¡Que haya en el mundo quien tenga
inclinación a la caza,
y se ande buscando fieras,
habiendo rubias y romas!
Pero ahora que se me acuerda
de un amo que Dios me dio
y me quitó a la hora mesma,
¿qué se habrá hecho? Porque
como con tan grande priesa
mandó a su guarda Estatira
quitarle de su presencia,
y ellos allá le llevaron,
a tiempo que en la pendencia
yo había vuelto la casaca,
y disimular fue fuerza
ser mi amo, nunca más
supe dél. ¿Qué diligencia
haré? Pero ¿quién me mete
en que publique el hacerla
mi ruindad? Si hubiere muerto,
no hayan miedo que acá vuelva

a acusar la rebeldía,
ni a tomar la residencia;
y si no, no faltarán
disculpas, cuando parezca.
Y así es lo mejor no darme
por entendido.

Vase. Dentro

UNOS: ¡A la selva!
OTROS: ¡Al valle!
OTROS: ¡Al monte!

Sale CAMPASPE con arco y flechas

CAMPASPE: Fortuna,
ya que a mi patria me vuelvas,
pues son mi patria los montes,
permite (¡ay de mí!) que sea
para que halle, como
en mi propia esfera,
piedad en sus riscos,
blandura en sus peñas.
En tanto que la batida
hacia los puestos se acerca,
que todas las damas ya
tomado, aunque parezca
que contra mi mismo
natural me mueva
a emplear mis desdichas
antes que mis flechas,
en esta escondida parte
desahogar quiero la fuerza
de una prisión voluntaria
que a todas horas me niega
poder aun conmigo
hablar. ¡Ay de aquélla
que siente, sintiendo
que el sentir se sienta!
Y pues tan a todas horas
los testigos que me cercan
no me dejan respirar,
¿qué mucho (¡ay de mí!) que vengan
buscando mis ansias,
buscando mis penas
para mis suspiros
aires de mi tierra?
Troncos, riscos, plantas, flores,
brutos, aves, peces, fieras,
cristales, fuentes, arroyos,
cielo, sol, luna y estrellas,
decidme, pues visteis
todas mis violencias,
si tuve yo culpa
o desgracia en ellas?
Pues siendo así que desgracia
tuve y no culpa, ¿qué idea,

qué aprehensión, qué fantasía,
qué ilusión, qué sombra es ésta
que a cualquiera parte
que los ojos vuelva
vaga me persigue,
vana me atormenta?
De aquel infelice joven
que vi muerto en mi defensa
tan vivas las señas traigo
que a todas partes las señas
que están me parece
con la faz sangrienta
diciéndome...

Dentro

ALEJANDRO: ¡Dioses,
piedad!
TODOS: ¡Qué tragedia!
CAMPASPE: ¿Qué voces (¡ay infelice!)
las que iba a alentar alientan,
porque en el decirlas yo
aun ese alivio no tenga?
ESTATIRA: ¡Acudid volando!
SIROéS: ¡Socorred apriesa!
ALEJANDRO: ¡Cielos!
TODOS: ¡Qué desdicha!
ALEJANDRO: ¡Piedad!
TODOS: ¡Qué violencia!

Sale ESTATIRA con arco

ESTATIRA: ¿No hay quien su vida socorra?
CAMPASPE: Qué es esto, Estatira bella?
ESTATIRA: Que dentro de la batida
cayó sitiada una fiera
déstas que los griegos montes
en sus entrañas engendran,
salpicada a manchas,
cuya ligereza
nunca trae ociosas
ni garras ni presas.
Los sabuesos y ventores
que las traíllas sujetan,
porque se lograsen antes
que sus lides nuestras flechas,
tomaron el viento
de la tigre apenas
cuando a los collares
rompieron las cuerdas.
Entre estos, pues, dos lebreles,
atados a una cadena,
salieron juntos a tiempo
que en un caballo atraviesa
la senda Alejandro
y, hollando la senda,
a los pies del bruto

se enlazan y enredan,
de suerte que, alborotado
se desboca y desatienta,
sin que el freno le corrija
ni le gobierne la rienda,
llevándole, al choque
de una y otra pega,
a dar donde [el] bruto...

CAMPASPE: Oye, aguarda, espera;
que primero que él peligre,
sabré peligrar yo, atenta
a la piedad que conmigo
usó.

ESTATIRA: ¡Júpiter lo quiera!
Que, aunque es mi enemigo,
ya en más noble guerra,
[de] su vida el alma
es [la] prisionera.
Veloz entre las dos lides
de los canes y la fiera,
y del caballo y los canes
su agilidad interpuesta,
el arpón dispara
de suerte que, hecha
blanco de sus plumas
una mancha negra
que entre el codillo y la espalda
señala, bien como en muestra
de que está allí el corazón,
le hiere en él. ¿Quién creyera,
viviendo con alas
el corazón, que ella
le dé al corazón
alas con que muera?
A cuyo tiempo acudiendo
al bruto que desalienta
la enredada lid, le corta
entrambos pies; de manera
que el que amenazado
precipicio era
dispone que en fácil
caída se resuelva.
Y tan fácil que en los brazos
le recibe, porque tengan
los celos siquiera un día
alguien que los agradezca,
o dígalo yo
que agradezco verla.

Sale CAMPASPE con un cuchillo de monte en la mano, y ALEJANDRO cayendo

ALEJANDRO: ¡El cielo me valga!
CAMPASPE: Descansa y alienta;
que ya de entrambos peligros
seguro estás.
ALEJANDRO: ¿Quién pudiera,
sino tu deidad, Campaspe,

ser quien dos vidas me ofrezca?
¿No bastaba altiva,
no bastaba tierna,
sino liberal,
para que no tenga
retirada el albedrío?

Salen SIROÉS, NISE y CLORI, todas con arcos y flechas

TODAS: Aquí está Alejandro.
SIROÉS: Sean
las albricias de la vida
tus pies.

Arrodíllanse todas

ALEJANDRO: Alzad de la tierra.
ESTATIRA: A todas nos toca,
a tus plantas puestas,
darla a ella las gracias
y a ti norabuenas.

Sale EFESTIÓN

EFESTIÓN: Ya que seguir del caballo
no pude la ligereza,
dame, gran señor, tus plantas,
bien que llego con vergüenza
al ver que, a vista de tantos,
te socorra y favorezca
una mujer.
ALEJANDRO: No fue tal,
sino una deidad suprema
que, en oposición de otras,
su divinidad ostenta,
haciendo que el mal
en bien se convierta.
Mas ¿quién sino el sol
venciera una estrella?
El nudo rompí gordiano,
cuya osadía violenta
me dispuso a lo fatal
del agüero que en sí encierra;
y pues que ya la amenaza
frustrada y vencida queda,
¿quién duda que es deidad quien
le quita al hado las fuerzas? --
Y así, en hacimiento noble
de gracias, Campaspe bella,
tu retrato en ese templo
colgaré, para que sea
padrón a los siglos
que diga a sus puertas
que él sólo la tabla
fue de mi tormenta.

CAMPASPE: En menos costa, señor,
la vanidad mía quisiera
que la deuda me pagarais,
si la obligación es deuda.
ALEJANDRO: ¿En qué? Que palabra os doy
que no haya en mi obediencia
dificultad imposible.
CAMPASPE: En que os vais a vuestra tienda
a repararos; porque
no habrá para mí fineza
sino en la seguridad,
señor, de la salud vuestra.
ALEJANDRO: Aunque lo que pedís es
tan a costa de la ausencia,
esto es cumplir mi palabra.
--Dios guarde a Vuestras Altezas.

Vase

EFESTIÓN: Hermosa Nise, pues ves
que ir tras Alejandro es fuerza,
acuérdate de mi amor.
NISE: No haré tal; que será ofensa.
EFESTIÓN: ¿Ofensa acordarte?
NISE: Sí;
pues se olvida el que se acuerda.

Vase EFESTIÓN

ESTATIRA: Bien puedes, Campaspe (¡ay cielo!)
de tan noble acción como ésta
estar muy desvanecida.
SIROÉS: Y más si en el templo llegas
a ver tu retrato.
CAMPASPE: A mí
nada hay que me desvanezca,
sino merecer el nombre
de una humilde esclava vuestra.
Pero ya que de mi poca
política he dado muestras,
diciendo cuán ruda hija
soy destos troncos y peñas,
no por vanidad, sinó
por noticia...
ESTATIRA: Di.
CAMPASPE: Quisiera
saber qué cosa es retrato.
SIROÉS: ¿Nunca ha visto tu rudeza
el primor de la pintura?
CAMPASPE: Pintura ya sé qué sea;
que en el templo he visto tablas
que, de colores compuestas,
ya representan países,
ya batallas representan,
siendo una noble mentira
de la gran naturaleza;
pero retrato no sé

qué es.
ESTATIRA: Pues que es lo mismo piensa,
con la circunstancia más
de que la copia parezca
al original de quien
se saca.
CAMPASPE: ¿Y de qué manera
se saca?
ESTATIRA: Veráslo cuando
a hacer el retrato vengan.
Y ahora quédate aquí,
para que a la quinta puedas
guiar la gente, mientras yo
doy a la quinta la vuelta. --
¡Clori! ¡Nise!
CLORI Y NISE: ¿Qué nos mandas?
ESTATIRA: Para templar mis tristezas,
los instrumentos bajad
a los jardines.
SIROÉS: ¿Qué llevas?
ESTATIRA: ¿Qué me andas preguntando
siempre? Lo que fuere sea.

Vase

SIROÉS: ¡Qué notable condición!

Vase

NISE: Ven, probaremos la letra,
Clori, de aquel cortesano
antes de cantarla.
CLORI: Fuerza
es, Nise, que tú la aplaudas,
pues eres tú a quien celebra.
NISE: La cortesanía me mueve
más que la lisonja, fuera
[de que] ser querida, Clori,
a ninguna mujer pesa.

Vase

CLORI: Ni ninguna de ver que otra
es la querida se huelga.

Vase

CAMPASPE: Ya que segunda vez, cielos,
sola en mis montes me dejan,
paréntesis a mis ansias
lo que ha sucedido sea;
y demos, discurso,
segunda vez vuelta
a aquella memoria
que tanto me cuesta.

¿Qué aprehensión, qué fantasía,
qué ilusión, sombra o idea
(aquí quedé) es ésta que
a cada paso me cerca,
sin que el claro día
ni la noche negra
o la luz me alumbre
o el sueño me venza?
Parece (¡ay de mí!) que al dar
al día y la noche quejas
de lo que la una me aflige,
lo que la otra me desvela,
una y otra quieren
hoy satisfacerlas,
pues que mis sentidos
turban y potencias.
Permite, infelice joven,
que horroroso representas
siempre tu sombra a mi vista,
siquiera un instante treguas
a tantos horrores;
que no te hago ofensa,
pues son muerte y sueño
una cosa mesma.
Y puesto que ya la gente
toda a la quinta se acerca,
y yo no hago falta, oh tú,
intrincado seno, alberga
vivo un cadáver.

Duérmese. Sale APELES

APELES: Fortuna,
¿adónde mis pasos llevas,
sin saber qué puerto
elijan ni tengan
tantas ansias, tantas
desdichas y penas?
¿Quién creerá que haber caído
tan sin sentido, en defensa
de aquel prodigio, que hallarme
sin saber a quién le deba
la piedad adonde
la humilde miseria
de un cuerpo de guardia
herido me tenga;
que haber callado mi nombre,
porque Alejandro no sepa
que reñí con sus soldados;
que, mal cobradas las fuerzas,
salga a ver el día,
siguiendo esta senda
sin guía, sin rumbo,
sin norte, ni estrella:
nada me aflige, ni nada
me turba ni desconsuela,
sino sólo no saber
qué mujer, cielos, fue aquélla

que el verla (¡ay de mí!),
pagándome en verla,
hizo mi fortuna
próspera y adversa?
Decidme, montes, pues fuisteis
testigos de mis tragedias,
decidme, aves, fieras, plantas,
flores, troncos, riscos, peñas,
si hallaré, pues mi hado
perdido no encuentra
quien de mí me diga,
quien me diga della?

¿Murió en faltándola yo?

Habla entre sueños CAMPASPE

CAMPASPE: No...
APELES: ¿Tuvo, cuando ausente estuve,...
CAMPASPE: tuve...
APELES: quien venciese en su disculpa?
CAMPASPE: la culpa...
APELES: ¿Qué eco a mi voz respondió?
CAMPASPE: yo.
APELES: ¡Cielos! ¿Si es verdad o no
que el aire me ha respondido?
Pues ha sonado en mi oído...
LOS DOS: "no tuve la culpa yo."
APELES: ¿Si oí bien o mal habrá quien...
CAMPASPE: Bien...
APELES: me diga, y si verdad fue...
CAMPASPE: que...
APELES: que en mi desdicha fue dicha?
CAMPASPE: la desdicha...
APELES: ¿Tuvo amparo cuando anduve?
CAMPASPE: tuve.
APELES: Otra vez fuerza es que hube
de dudar, si es que colijo
que el eco otra vez me dijo...
LOS DOS: "bien que la desdicha tuve."

APELES: Mas no, ilusión es ligera;
que el eco no habló en lo hueco;
pues no me dijera el eco
lo que yo no le dijera;
y así por toda esta esfera
desta voz iré buscando
el dueño. ¿Qué estoy mirando?
¿Cómo es posible que, siendo
ella la que está durmiendo,
sea yo el que estoy soñando?
¿Cómo puede ser, o bella
deidad, si eres mi homicida,
que yo te busque con vida
y que tú te halles sin ella?
Si a mí me tocó el perdella
y a ti el haberla guardado,
¿cómo sin ella te he hallado?

Vuelve, vuelve en tu sentido;
que el haberla tú perdido
no es haberla yo ganado.
¿Si la despertaré? Sí,
aunque su enojo me asombre;
que mujer que ha muerto un hombre,
no es justo que duerma así.
--¡Bella deidad!

Despiértala, y ella huye de él, al verle

CAMPASPE: ¡Ay de mí!
¿Qué miro?
APELES: ¡Qué mal anduve!
CAMPASPE: Sombra, ilusión...
APELES: Necio estuve.
CAMPASPE: No me des muerte, pues no,
no tuve la culpa yo,
bien que la desdicha tuve.
Déjame, pues, no el empeño
crezcas a mi fantasía,
pasando a la luz del día
las negras sombras del sueño.
APELES: Hallado y perdido dueño
de un alma que te ha buscado
tan a costa del cuidado
que a un mismo tiempo ha venido
a hallar lo que había perdido
y a perder lo que había hallado,
no de mí huyas...
CAMPASPE: ¡Ay de mí!
APELES: que no soy ilusión yo.

Cóbrase un poco CAMPASPE

CAMPASPE: Luego ¿no eres sombra?
APELES: No.
CAMPASPE: Luego ¿estás con vida?
APELES: Sí.
CAMPASPE: ¿No te mataron?
APELES: No fui
tan dichoso.
CAMPASPE: ¿Dicha fuera?
APELES: Morir por ti, claro era.
CAMPASPE: ¿Pues yo no te vi a mis pies
muerto?
APELES: Ahora también me ves
aun más que la vez primera.
CAMPASPE: ¿Cómo?
APELES: Como allá la herida
del cuerpo me dejó en calma,
y aquí la herida del alma,
o bellísima homicida,
ha vuelto a darme la vida,
para que de una manera
aquí viva y allá muera,

sin morir y sin vivir.
CAMPASPE: ¡Quién te pudiera decir
lo que en albricias te diera
de las nuevas que me das!
APELES: ¿De cuál dellas? ¿De que muero
u de que vivo?
CAMPASPE: No quiero
declararme, joven, más;
baste decir que jamás
tuvo mi hado siempre esquivo
más gozo del que recibo
al oír ambas nuevas bellas.
APELES: Sí, mas dime de cuál dellas:
¿de que muero u de que vivo?
CAMPASPE: No sé. Pero gente allí
hay; no contigo me vea.
APELES: ¿Será posible lo sea
el volver a verte?
CAMPASPE: Sí.
APELES: ¿Dónde he de buscarte?
CAMPASPE: Aquí.
APELES: ¿Vendrás?
CAMPASPE: (Hablad, alma, vos.) **Aparte**
APELES: ¿Qué dices?
CAMPASPE: Que sí.
APELES: A los dos
un hombre se va acercando.
CAMPASPE: Pues quédate tú.
APELES: ¿Hasta cuándo?
CAMPASPE: Hasta otra alba.
APELES: Adiós.
CAMPASPE: Adiós.

Vase. Sale CHICHÓN

CHICHÓN: Aunque de lejos te vi,
las señas no me mintieron.
¿Es posible que volvieron
mis ojos a verte?
APELES: ¿Así,
traidor, infame, villano,
me recibes, después que
tan poca tu lealtad fue
que, dejándome... ?
CHICHÓN: La mano
ten; que no me pagas bien,
después que herido te vi,
lo que he pasado por ti.
APELES: ¿Tú por mí?
CHICHÓN: Yo por ti. ¿Quién,
al verte en sangre teñido,
como un león embistió
con todos tres sino yo?
¿Quién, dejando a éste partido
por medio, de un tajo tal
que puso en puntos al arte,
pasó a éste de parte a parte,
a tiempo que en diagonal

círculo aquél me embistió?
¿Quién, dando al otro un hurgón,
la herida de conclusión
hizo al que se le seguía?
¿Y quién, tomando a destajo
que nadie le quede a vida,
le dio a éste la zambullida
y a aquél la de uñas abajo?

APELES: ¡Oye, aguarda! ¿De qué modo
son, si todos eran tres,
ya seis los muertos?

CHICHÓN: ¿No ves
que maté sombras y todo?
En fin, tropezando (¡extraña
desdicha es la del tropiezo!),
las garras me echó al pescuezo
el barrachel de campaña;
en un cepo me metió,
donde he estado hasta este día,
que un amigo que tenía
la cuartada me probó.

APELES: ¿La cuartada? ¿Cómo así,
si a tantos diste?

CHICHÓN: Porque
fue fácil el probar, que
los di sin estar allí.
De no verte noche y día
fue la causa mi prisión.

APELES: Calla; ya sé cuáles son
tu locura y cobardía.

Hablan los dos aparte. Salen EFESTIÓN y ALEJANDRO

EFESTIÓN: En fin, ¿vuelves?

ALEJANDRO: ¿Qué he de hacer,
si estoy fuera de mi centro
donde a Campaspe no encuentro?
¿Cómo podría saber
por dónde iría?

EFESTIÓN: Hacia allí
dos hombres, señor, están;
ellos quizá lo sabrán.

ALEJANDRO: Oye; ¿no es Apeles?

EFESTIÓN: Sí.

ALEJANDRO: Ventura es haber venido
a tan buen tiempo.

APELES: Crueles
son tus locuras.

ALEJANDRO: ¡Apeles!

APELES: Las plantas, señor, te pido.

ALEJANDRO: Aunque de lo que has tardado
queja pudiera formar,
los brazos te quiero dar,
por el tiempo a que has llegado.

A CHICHÓN

APELES: (Pues él no sabe de mí
más de que me tuvo ausente
su licencia, nada cuente
tu voz.)
CHICHÓN: (No haré.)
APELES: Feliz fui,
ya que en la vuelta tardé,
en venir en ocasión
que ella me alcance el perdón
de la tardanza.
ALEJANDRO: No sé
cómo encarecerte cuánto
estimo el llegarte a ver
día en que te he menester.
APELES: Mucho, gran señor, me espanto,
cuando ser tu esclavo trato,
que me recibas así.
¿En qué te sirvo?
ALEJANDRO: Por mí
hoy has de hacer un retrato
de tan hermoso sujeto
que no hayas menester,
como en el mío, poner
perfil a ningún defeto.
APELES: Muy poco haré en eso yo
para lo mucho que escucho.
ALEJANDRO: Aunque es poco, importa mucho,
que todo tu estudio no
perdone al arte este día
la elegancia con que sueles
esmerar de tus pinceles
la gala y la valentía.
Una mujer has de ver,
y ésta me has de retratar
con tal alma, que el hablar
la falte, por no querer;
bien que en esta parte no
vendrá a ser tuya la palma;
pues si la vieres con alma,
es que se la he dado yo.
APELES: Digo, señor, que pondré
al retrato tal cuidado
que, aunque en el lienzo pintado,
tan fuera del lienzo esté,
que llegue tu amor feliz
a persuadirse, no en vano,
que echarla puede la mano
entre el cuadro y el matiz.
CHICHÓN: Y yo, que ya soy crïado
de Apeles, la moleré
más que a los matices.
ALEJANDRO: ¿Qué
te obliga a no ser soldado?
CHICHÓN: Haber dado una menguada
en pensar que es peor estado
el ser moza de soldado
que ser moza de soldada.
ALEJANDRO: Pues bien puedes prevenir

pinceles, tabla y colores;
aunque mejor a las flores
se los pudieras pedir,
pues todas los dieran fieles,
mezclando a tan altos fines
entre rosas y jazmines
azucenas y claveles.
--Y pues que ya no está aquí,
¿quién duda en la quinta está?
Llévale, Efestión, allá,
y de mi parte les di
a Estatira y Siroés
que a hacer el retrato envío
del templo, aunque mi albedrío
no sé lo que hará después.

A APELES

--Y tú, porque sea mejor
el primor de tu pintura,
píntame a mí su hermosura
y píntala a ella mi amor.

Vase

EFESTIÓN: Venid conmigo, porque
lo que importa prevenir
se disponga antes de ir.
APELES: En todo obedeceré
vuestras órdenes.
EFESTIÓN: Con ella
podrá ser veáis otra dama
de no menor lustre y fama,
y quizá, Apeles, tan bella.
APELES: Mucho me holgaré, aunque en mí
nada llenará mi idea;
que no es posible que sea
igual a la que yo vi.

Vanse. Salen ESTATIRA, CLORI, NISE y MÚSICOS con instrumentos

ESTATIRA: Vuelve, Nise, a repetir
la letra; que hacerte quiero
esta lisonja, si infiero
que se debió de escribir
por ti.
NISE: Muchas hay, señora,
de mi nombre; no sería
por mí, que la humildad mía
no se halla merecedora
deste aplauso.
ESTATIRA: ¿Cúya es?
NISE: De un discreto cortesano
cuyo ingenio soberano

goza el más alto interés
del crédito y la opinión
por galán, noble y discreto.
ESTATIRA: Bien lo dice en su conceto
el aire de la canción.
NISE: *A Nise adoro y, aunqué*
la dije mi frenesí,
ni sé si me quiere, ni
por qué ha de quererme sé.

Salen al paño EFESTIÓN y APELES

EFESTIÓN: Esperad, no interrumpamos
esta voz que dulcemente,
por la letra y quien la canta,
me ha suspendido dos veces.
APELES: Ya hice yo reparo en uno
y otro, que son muy parientes
música, poesía y pintura;
y a lo que a mí me parece,
si se hubiera de glosar
la canción, no fácilmente
se le hallaran dos sentidos.
EFESTIÓN: Escuchad, que a cantar vuelven.

MÚSICOS: *A Nise adoro y, aunqué*
la dije mi frenesí,
ni sé si me quiere, ni
por qué ha de quererme sé.

EFESTIÓN: Ya que han cesado, esperad,
que a pedir licencia llegue.
ESTATIRA: ¿Quién es quien se entra hasta aquí?
EFESTIÓN: Quien con dos disculpas tiene
seguro que vuestro enojo
sus sagradas iras temple.
La primera es la dulzura
con que este canto suspende,
tanto que no deja acción
para que otra acción se acierte;
y la segunda, venir
de parte de quien merece
vuestra audiencia a cualquier hora.
ESTATIRA: ¿Quién en vuestro juicio tiene
ese mérito?
EFESTIÓN: Alejandro.
ESTATIRA: (¡Si tan feliz mi amor fuese, **Aparte**
que lograse en su memoria
algún alivio mi suerte!)
Pues bien, ¿qué manda Alejandro?
EFESTIÓN: Que deis licencia que llegue
a retratar a Campaspe;
que ya sabéis cómo tiene
ofrecido su retrato
a las sagradas paredes
de Júpiter el no igual
arte del divino Apeles.
ESTATIRA: Esto y lo que yo pensaba

todo es uno. Decid que entre.

Entra APELES

APELES: A vuestras plantas, señora,
antes de veros, alegre,
feliz, contento y ufano
venía, por parecerme
que había de conseguir
el empeño a que me atreve
la obediencia de mi dueño;
mas después de veros, vuelve
atrás mi esperanza.
ESTATIRA: ¿Cómo?
APELES: Como pintarse no pueden
las perfectas hermosuras,
sin que el crédito se arriesgue.
Cuando en un rostro hay lunar
o desproporción que acuerde,
cuando se mira el retrato,
de su dueño las especies,
es fácil el retratarle;
mas cuando es tan excelente
que no hay término en sus partes
que desigualado deje
especies a la memoria,
no se imita fácilmente.
Y así habréis de perdonarme
cuando el retrato no acierte,
si está en vuestra perfección
y no en mí el inconveniente.
ESTATIRA: Cortesano sois, pintor,
y es preciso que me pese
que vuestra cortesanía
tenga más peligro que ése.
APELES: ¿Por qué?
ESTATIRA: Porque no soy yo
la del retrato; y si viene
a estar en lo más hermoso
el riesgo al no parecerse,
es más hermosa que yo,
conque vuestro empeño tiene
más que vencer. Y porque
lo veáis, yo haré que en breve
venga a veros más airosa
y más prendida que suele,
porque tenga en sus adornos
yo alguna parte. (Esto es verme
obligada a no mostrar
la envidia que el alma siente;
y para hacer la deshecha
mejor, esto ha de ser.) Venme,
Nise, cantando ese tono,
y vosotros desde ese
cenador cantad, en tanto
que la pintan, porque temple
la penalidad de estar
suspensa el tiempo que fuere

necesario.
CLORI: Porque sea
todo a propósito, puede
ser el tono que cantemos
el del retrato de Irene.

Vanse los MÚSICOS

NISE: Fuerza es que tras ella vaya.

A EFESTIÓN

--Esperad; que, si pudiere,
volveré a veros.
APELES: Yo en tanto
voy a ver si Chichón viene
con el bastidor, el lienzo,
los matices y pinceles.

Vase

ESTATIRA: ¿No cantas, Nise?
NISE: Pues ¿cuándo
no es mi oficio obedecerte?
ESTATIRA: (Oh, ¡cuán a costa del alma **Aparte**
finge la que calla y siente!)

NISE: *A Nise adoro y, aunqué*
la dije mi frenesí,
ni sé si me quiere, ni
por qué ha de quererme sé.

Éntranse ESTATIRA y NISE cantando

EFESTIÓN: Por si no volviere Nise,
como me ha ofrecido, hacedme
merced de decirla, Clori,
cuánto el alma la agradece
el que haya hecho tanto aprecio
de cortesanía tan leve
como aquel mote.
CLORI: ¿Por qué
que le cante os desvanece?
EFESTIÓN: Porque es su ingenio el que adoro,
y así estimo que el mío precie.
CLORI: ¿Y es galantería o locura
alabar, cuando eso fuese,
una dama a otra?
EFESTIÓN: No sé;
pero si es locura, tiene
disculpado frenesí.
CLORI: Pues sabed que a las mujeres,
sin que nos importe nada,
la ajena alabanza ofende.
EFESTIÓN: Groserías de rendido

groserías son corteses;
que no os quita a vos el ser
discreta y hermosa el verme
menos bien empleado en Nise
que estuviera en vos.

Sale NISE

NISE: ¿No puede
ser fino con una dama
un hombre, sin que sea aleve
con otra?
EFESTIÓN: Yo ...Ni...con Clo...
si...cuando...
CLORI: ¿Qué te enmudece?
NISE: ¿Qué te turba?
EFESTIÓN: No saber,
pues una y otra se ofende,
de lo que quiero y no quiero,
cuál me olvida o cuál me quiere.
CLORI: ¿Yo, por qué había de olvidarte?

Vase

NISE: ¿Yo, por qué había de quererte?

Vase

EFESTIÓN: Oye, Nise; escucha, Clori.

Salen CHICHÓN, con todo aderezo de pintar, y APELES

CHICHÓN: Ya están aquí caballete,
pinceles, lienzo, paleta,
colores, piedra y aceite.
APELES: Ponlo aquí, que hay buena luz;
--Y avisad vos, que ya puede
salir la dama.
EFESTIÓN: ¡Ay de mí!
APELES: ¿Qué es lo que ahora os suspende?
EFESTIÓN: Dijisteis que no era fácil
la glosa de aquel motete;
y ya se ha facilitado
con lo que aquí me sucede,
después que de aquí salisteis.
APELES: ¿De qué suerte?
EFESTIÓN: Desta suerte.

APELES: *A Nise adoro y, aunqué...*

EFESTIÓN: Hablando de Nise bella
con Clori, me preguntó:
¿qué inclinaba más mi estrella?
a que mi amor respondió

que el ingenio que hay en ella;
conque no sólo mostré
que adoro a Nise, sinó
lo que en ella adoro, en fe
de que se sepa que yo
adoro a Nise; y, aunqué ...

APELES: *la dije mi frenesí...*

EFESTIÓN: Clori, al parecer quejosa,
que no hay mujer que otra quiera
que sea discreta ni hermosa,
o de vana o de celosa,
un loco me dijo que era.
Yo el serlo la concedí,
pues por Nise el juicio pierdo;
mas de tal locura en mí,
por lo menos, que era cuerdo
la dije mi frenesí.

APELES: *ni sé si me quiere, ni...*

EFESTIÓN: Oyendo nuestras cuestiones,
Nise llegó y yo quedé
tan turbadas mis acciones
que, cuanto desde allí hablé
fueron troncadas razones.
Ni-, dije, por verme si-
conti-, a Clo- tengo quejo-;
y así entre las dos parti-
ni sé si me olvida Clo-,
ni sé si me quiere Ni-.

APELES: *por qué ha de quererme sé.*

EFESTIÓN: Ambas, riéndose al ver
mi turbación singular,
falsas quisieron saber
por qué una me ha de olvidar,
por qué otra me ha de querer.
Yo respondí: si amor fue
fino y necio en declararme,
bien de una y otra la fe,
pues sé por qué ha de olvidarme,
por qué ha de quererme sé.

Mas quédese aquí la tema
de si puede o si no puede
glosarse; y vamos a que
ya hacia aquí la dama viene
que habéis de retratar.

APELES: ¿Cuál es?

EFESTIÓN: La que miráis presente.

Sale CAMPASPE vestida de gala

APELES: (¿Qué miro? [¡ay de mí infelice!]

Aparte

¿No es ésta [¡cielos, valedme!]
en la pendencia y el monte
la de mi vida y mi muerte?)

CAMPASPE: Hasta ver lo que es retrato,
el alma traigo pendiente.

A EFESTIÓN

¿Sois el pintor?

EFESTIÓN: No, señora.
El que miráis es Apeles.

CAMPASPE: (¿El del monte y la pendencia **Aparte**
[¡valedme, cielos!] no es éste?)

APELES: Yo soy, señora (no acierto
a hablar) el que a copiar viene
vuestra hermosura; porque
como el que una carta teme
que se pierda y la duplica,
yo así es forzoso que intente
duplicar vuestra hermosura,
con temor de que se pierde.

CAMPASPE: No os entiendo, ni sé cómo,
si el duplicarse es hacerse
de una dos, en la pintura
se pierda, porque se aumente.

APELES: Fuera fácil con saber
que en mi desdichada suerte
quizá el hacer de una dos
es porque os pierda dos veces.

CAMPASPE: Vuelvo a decir que no sé
por qué lo decís.

APELES: No puede
explicarse más el alma.

CAMPASPE: Pues dejad la voz pendiente
hasta otra alba, como os dije.

APELES: Ya no es posible que espere
esa luz.

CAMPASPE: ¿Por qué?

APELES: Porque
tanto el orden se pervierte
de todo en mí que aun el alba
desde ahora me anochece.

CAMPASPE: Tercera vez no os entiendo.
Pero sea lo que fuere;
mirad que es fuerza acudir,
siquiera por los presentes,
a lo que venís.

APELES: Traed
en que esta dama se siente.

CHICHÓN: Aquí un taburete está,
y es dicha ser taburete,
porque quepa el guardainfante,
ya que ellos son solamente
los que medran, no teniendo
brazos.

[APELES: Sentaos aquí enfrente,
para que a la mejor luz

el primero rasgo empiece;
¿quién creerá que contra mí
yo mi misma acción aliente?]

Siéntase ella, y él pone el bastidor, toma la paleta, y CHICHÓN muele los colores, y pinta APELES

CAMPASPE: (¿Qué hago yo aquí, para que él **Aparte**
desde allí les represente
a otros mi imagen?)
APELES: No hagáis
mudanza, para que llegue
a coger más fijo el aire.
CAMPASPE: ¿Que no haga mudanza quieres?
APELES: Es fuerza que, si la hacéis,
todo lo que pinte yerre.
CAMPASPE: Buen arte es el que no admite
mudanzas en las mujeres.
CHICHÓN: Por eso otras, que se pintan
de matices diferentes,
no sólo se mudan, pero
se enmudan con los afeites.
APELES: Calla tú y muele, Chichón.
CHICHÓN: ¿Cuándo callan los que muelen?
CAMPASPE: Pues ¿qué hace aquél allí?
CHICHÓN: Un chiste
te lo dirá brevemente:
a una mozuela la dije,
repartiendo unos cachetes
un día entre sus mejillas
y sus labios y sus dientes,
"mi oficio es moler colores,
hija mía, no te quejes."
APELES: O vete allá fuera o calla.
CHICHÓN: Por más fácil tengo el "vete."

Vase

EFESTIÓN: En tanto que vos pintáis,
voy a ver si hablar pudiese
a Nise en esos jardines.

Vase

APELES: Pues solo he quedado, atiende
que, cumpliendo de pintor
y de crïado las leyes,
pintaré al olio tus gracias,
y mis desgracias al temple.

Dentro

MÚSICOS: *Condición y retrato*
teman de Irene,
que ha de dar muerte a todos,

si la parece.

APELES: Hermosísima deidad,
que árbitro absoluto eres
de mi muerte y de mi vida,
¿cómo dices que no entiendes
mi dolor, si mi dolor
hablando tan claramente
está en mis mismas acciones,
cuando hay poder, que me fuerce
a que le lleve tu imagen,
porque en tu imagen le lleve
el ídolo de su amor,
en cuyas aras... ?
CAMPASPE: Suspende
la voz; que te entiendo menos,
cuando a tu dolor parece
que se explica más. ¿Qué imagen,
qué ídolo, qué amor es ése?

MÚSICOS: *Cuando libre el cabello*
no la obedece,
como a un negro le trata,
pues que le prende.

APELES: La imagen deste retrato,
el ídolo al ofrecerle
Alejandro en sacrificio
a su amor, pues que pretende
que viva a sus ojos vayas,
con el alma que él te ofrece.
CAMPASPE: ¿A mí Alejandro?
APELES: ¿Eso dudas?
Pues ¿qué a pintarte le mueve?
CAMPASPE: Darle al templo por memoria
de que la vida le diese.

MÚSICOS: *Quien se abrasa y no sabe*
dónde hallar nieve,
sepa dónde ella vive,
que allí está enfrente.

APELES: ¡Ay, que no es eso! Porque
¿qué culto fuera decente
el dar al templo tu imagen,
si dirán cuantos la vieren
(más que honrando tus acciones,
disfamando tus desdenes)
que, si a él le diste la vida,
a mí me diste la muerte?
Porque te adora (¡ay de mí!)
te retrata.
CAMPASPE: Pues ¿qué adquiere
para un amor un retrato?
APELES: Mentir las horas de ausente.

MÚSICOS: *Arcos son sus dos cejas,*
triunfales siempre,
pues celebran las ruinas

de los que vence.

CAMPASPE: ¡Qué mal has hecho en decirme...
APELES: ¿Qué?
CAMPASPE: ... que Alejandro me quiere!
APELES: ¿Por qué?
CAMPASPE: Porque lo ignoraba,
si tú no me lo dijeses.
APELES: Antes bien, porque al dolor
en algo le lisonjee
ser yo quien lo diga.
CAMPASPE: ¿Cómo?
APELES: Como la herida más fuerte,
si propia mano la cura,
menos que la ajena duele.

MÚSICOS: *Son sus ojos preciados*
tan de valientes
que, al mirarlos, entre ojos
traigo mi muerte.

APELES: Fuera de que ¿cómo puedo
yo excusarlo, si hay quien fuerce...
CAMPASPE: ¿A qué?
APELES: ... a que aquesta vez hable,
porque calle para siempre?
CAMPASPE: Con todo, que has hecho mal
otra vez digo, si atiendes
que no hay mujer que no quiera
ser querida; con que viene
a ser ruindad de tu parte
la que de mi parte puede
ser vanidad.
APELES: Antes bien,
que el que rendido padece,
cuanto más padece, goza;
y así es fineza que pienses
que quiero padecer yo
lo que a ti te desvanece.

MÚSICOS: *Un pleito a sus mejillas*
mayo y diciembre
ponen, porque les hurta
púrpura y nieve.

CAMPASPE: Bien puede ser que fineza
sea; mas no lo parece
interponer un respeto
que declarado no deje
albedrío a la esperanza.
APELES: Eso será en quien la tiene.
Pero ¿qué esperanza ya
es posible que le quede
a quien Alejandro fía
su amor, y no solamente
fía su amor, mas le hace
instrumento de que llegue
a su noticia? ¡Mal haya
habilidad tan aleve

que, traidoramente noble,
contra su dueño se vuelve!

Arroja los pinceles, y ella se levanta

CAMPASPE: ¿Qué habilidad?
APELES: ésta mía.
CAMPASPE: ¿Contra ti? Pues ¿de qué suerte?

MÚSICOS: *Si se enoja, y sus labios*
rigores vierten,
allá van los jazmines
con los claveles.

APELES: Siendo áspides para mí
las puntas de los pinceles
que, entre flores de matices,
su mortal veneno vierten.
¡Mal haya, digo otra vez,
habilidad que me fuerce
a que estudie tus facciones
para que en cada uno encuentre
otra perfección que diga
cuán bella, oh Campaspe, eres
ya dos veces a mis ojos,
porque te pierda dos veces!
CAMPASPE: ¿Dos veces?
APELES: Sí.
CAMPASPE: ¿De qué modo?
APELES: Verdadera y aparente.
CAMPASPE: ¿Aparente y verdadera?
¿De qué suerte?
APELES: Desta suerte.
Mírate, para que veas
lo que pierde el que te pierde.

MÚSICOS: *Condición y retrato*
teman de Irene;
que ha de dar muerte a todos
si la parece.

CAMPASPE: ¿Qué es lo que miro? ¿Es por dicha
lienzo o cristal trasparente
el que me pones delante,
que mi semblante me ofrece
tan vivo que aun en estar
mudo también me parece?
Pues al mirarle la voz
en el labio se suspende,
tanto que aun el corazón
no sabe cómo la aliente.
¿Soy yo aquélla o soy yo yo?
Torpe la lengua enmudece,
quizá porque el alma, en medio
de las dos dudando teme
dónde vive o dónde anima,
no sabiendo a un tiempo, entre

una y otra imagen mía,
de cuál de las dos es huésped.
¿Esta habilidad tenías?
¿Segundo ser darle puedes
a un cuerpo? Pues ¿cómo, cómo,
si tan divino arte ejerces,
tan bajamente le empleas,
que para otro dueño engendres
la copia de lo que dices
que amas? Vete de aquí, vete;
que en una parte me admiras,
y en otra parte me ofendes.

APELES: Esto es fuerza.
CAMPASPE: No es sino
bajeza.
APELES: Es desdicha fuerte.
CAMPASPE: No es sino culpa.
APELES: Es violencia.
CAMPASPE: Es ruindad.
APELES: Es dura suerte.
CAMPASPE: Es infamia.
APELES: Es tiranía.
CAMPASPE: Es poco ánimo.
APELES: Es decente
respeto.
CAMPASPE: Es indigna acción.
APELES: Es obediencia.
CAMPASPE: Es aleve
vasallaje.
APELES: Es rendimiento.
CAMPASPE: Es...
APELES: Es...
LOS DOS: Ira, rabia y muerte.
CAMPASPE: Gente viene a nuestras voces.
APELES: No entienda nada esta gente.
CAMPASPE: ¿En qué quedamos?
APELES: En que
dueño de mi dueño eres.
Para siempre adiós, Campaspe.
CAMPASPE: Para siempre adiós, Apeles.

TERCER ACTO

Salen ALEJANDRO, EFESTIÓN y CHICHÓN

CHICHÓN: Aunque llamado de ti
vengo, los pies no te pido.
ALEJANDRO: ¿Por qué?

CHICHÓN: Porque los darás,
según liberal te miro,
y estará mal despeado
un monarca tan invicto.
ALEJANDRO: Supla de los pies la falta
desta sortija el zafiro.
CHICHÓN: ¡Oh, mal haya el asonante,
que ser "diamante" no quiso!
ALEJANDRO: Alza del suelo; que quiero,
pues sé que estás en servicio
de Apeles, saber de ti
qué extraño accidente ha sido
éste que oigo que le ha dado.
CHICHÓN: Pues ¿quién bastará a decirlo,
si nadie basta a saberlo?
Lo primero, anda aturdido
tanto que con nadie habla,
señor, que no sea consigo;
lo segundo, si se viste,
es con tan gran desaliño
que ni es él ni su figura;
lo tercero, su retiro
son estas montañas, donde
sólo se sale a dar gritos;
su llanto es cosa de risa,
su risa cosa de vicio,
su comer cosa de juego,
su llorar cosa de niños,
su dormir cosa de locos,
y nada cosa de juicio.
ALEJANDRO: ¿No le hacen remedios?
CHICHÓN: Cuantos
físico el arte previno
a su curación se han hecho;
pues, como un poeta dijo,
le han puesto mil cataplasmas,
cataplastos, cataplistos;
y no basta, aunque le pongan
cata-Francia-Montesinos,
para saber qué mal tiene.
ALEJANDRO: Pésame, porque le estimo
de suerte, que de mi imperio
diera el medio por su alivio;
pues cuando no le tuviera
la inclinación que publico
por primoroso en su arte,
por el retrato que hizo
de Campaspe le quedara
sumamente agradecido.
Ve y dile que venga a verme.
CHICHÓN: Yo iré, si en eso te sirvo;
pero tú verás en él
un mal tan fuera de estilo
que, una vez "hipo-con-dría"
y otra vez "dría-con-hipo,"
revienta de que es discreto,
y apenas es entendido.
EFESTIÓN: ¿Verle quieres?
ALEJANDRO: Sí; que, puesto

que a su salud solicito
medios, uno que he pensado
me ha de decir lo escondido
de su pecho.
EFESTIÓN: ¿Y qué es el medio?
ALEJANDRO: Acudir a los motivos
de la filosofía; pues
es su principal oficio
de las causas naturales
investigar los principios.
Y así a Diógenes mandé
que me llamasen al mismo
tiempo que también a Apeles
llamo; porque compasivo
en una parte y en otra
curioso, ver determino
cómo uno siente sus penas
y otro hace dellas juicio.
EFESTIÓN: ¿Dónde a Diógenes mandaste
que viniese?
ALEJANDRO: A este distrito
que hay de mi tienda a la quinta
de Estatira, porque he oído
que todas estas mañanas
sale a su apacible sitio
con sus damas, donde hacen
músicas y regocijos
suave la prisión, y quiero
ver si ver puedo el divino
sol de Campaspe, buscando
algún ingenioso arbitrio
para apartarla de esotras;
y si la verdad te digo,
no sé qué diera, porque
hallase el amor camino
de reducirla a mi tienda.
EFESTIÓN: Uno mi ingenio previno.
ALEJANDRO: ¿Qué es?
EFESTIÓN: Fingir que llegó al campo
de Teágenes un hijo,
pidiendo justicia della
por el pasado homicidio;
y no pudiendo a la parte
tú dejar de dar oídos,
llevártela presa.
ALEJANDRO: Eso
es valernos de un delito.
Pero después lo veremos
mejor, porque ahora miro
a Diógenes y a Apeles
venir donde les han dicho.

Sale por una puerta DIÓGENES y por otra APELES

DIÓGENES: (¿A mí Alejandro? Pues ¿qué **Aparte**
tiene Alejandro conmigo?)
APELES: (¡Quiera Amor, no me declaren **Aparte**

de una vez mis desvaríos!)
DIÓGENES: ¿Qué es, señor, lo que me mandas?
APELES: ¿En qué, gran señor, te sirvo?

A DIÓGENES

ALEJANDRO: Escúchame tú primero;

A APELES

después hablaré contigo.
Bien, Diógenes, ¿te acuerdas
de aquella apuesta que hicimos
de quién necesitaría
antes, tú de mi dominio
o yo de tu ciencia?
DIÓGENES: Sí.
ALEJANDRO: Pues yo me doy por vencido,
confesando que primero
de tu ciencia necesito
que tú de mi poder.
DIÓGENES: Pues,
¿no era uno y otro preciso,
si el rico sin ella es pobre
y el pobre con ella es rico?
ALEJANDRO: Aun por eso quiero ver
lo que en la tuya consigo.
Ese joven, a quien yo
por inclinación estimo,
favoreciéndole el astro
de algún benévolo signo,
padece un grave accidente;
y tal que, siendo entendido,
hábil, galán y discreto,
en pocos días le admiro
alterada la razón,
prevaricado el sentido,
necio, inútil, desairado,
sin discurso y sin aliño.
Nadie de su mal conoce
la causa, ni él ha sabido
decirla a nadie; de suerte
que, dándose por vencidos
de la sabia medicina
los más doctos aforismos,
le dejan morir, sin que
le hagan ningún beneficio.
Yo, viendo la obligación
en que te pone el retiro
que profesas, de saber
los secretos escondidos
de la gran naturaleza,
quiero ver cómo haces juicio
deste accidente; y así
que le asistas determino
unos días, para que,
si averiguas el principio

de su mal, sepa que sabes;
y si no, sepa que ha sido
locura tu ciencia, pues
para nada es de servicio.
DIÓGENES: Que es el corazón del hombre
animal de pliegues dijo
Aristóteles, mostrando
que es un color si encogido
está y, si está dilatado,
de muchos; con que previno
que, en queriendo averiguarle,
no se le da punto fijo;
pues al irle desdoblando
todo es colores distintos.
Siendo así, locura fuera
decir yo desvanecido
que entenderé el suyo; pero
no por eso desconfío
de saberlo. Háblale tú,
sin darte por entendido,
porque no esté con cuidado,
viendo que con él le asisto.
ALEJANDRO: Pues disimula. --¿Dónde ibas,
Apeles, cuando te dijo
aquel soldado que yo
te llamo?
APELES: Si verdad digo,
a decir mis sentimientos
a estas peñas, a estos riscos,
árboles, plantas y flores
que, como fieles testigos,
saben lo mejor y ignoran
lo peor.
ALEJANDRO: No te he entendido.
APELES: Es que saben escucharlos

Suspira

y es que no saben decirlos.
ALEJANDRO: Pues ¿y no fuera mejor
comunicarlos rendido
a quien sentirlos supiera?
APELES: No, señor; que fuera alivio;
y yo estoy tan bien hallado
con ellos y ellos conmigo,
que ellos y yo no queremos
partir con nadie el sentirlos.

Esto y lo demás deste género dice DIÓGENES a ALEJANDRO aparte

DIÓGENES: El primer color de que
muestra el corazón teñido
es melancólico humor.
ALEJANDRO: Descansa, Apeles, conmigo.
¿Qué tienes?
APELES: No sé qué tengo.

ALEJANDRO: ¿Es faltarte en mi servicio
el cariño de tu patria?
APELES: No está en mi patria el cariño.
ALEJANDRO: ¿Necesitas de algo?

Con algún despecho

APELES: Sólo
de mi muerte necesito.
DIÓGENES: Ya de cólera y de ira
despliega el segundo viso.
ALEJANDRO: Pues ¿de mí no le fiarás,
sabiendo lo que te estimo?
APELES: ¿A quién pudiera mejor?

Turbado

Pero humilde te suplico,
no conjures mi silencio;
que es mi mal tan exquisito,
tan intratable mi pena,
tan sin uso mi martirio,
que, embargando el corazón
acá dentro los suspiros,
aunque decirlo quisiera,
no puedo.
DIÓGENES: De algún nocivo
veneno parece que
da aquesta congoja indicio.

Cobrándose algo

APELES: Fuera de que, si adelanto
el tormento con que vivo,
aunque pudiera decirle,
no le dijera, si miro
que fuera avivar la llama...
DIÓGENES: Todo esto parece hechizo.
APELES: ... al incendio de que muero,
si viera...
DIÓGENES: Ya esto es delirio.
APELES: ... que alguno piadoso hacía
tan grande crueldad conmigo
como quitarme el dolor.
DIÓGENES: Ya esto es rabia.
APELES: Pues le admito,
como conveniencia, tanto
que, a faltarme él, imagino...
DIÓGENES: Ya esto es desesperación.
APELES: ... que me faltara un amigo
tan del alma que, sin él,
me diera muerte a mí mismo.
DIÓGENES: De desordenado amor
parece este afecto hijo.
ALEJANDRO: ¿No hay remedio?
APELES: No hay remedio;

que mi mortal parasismo
no consta de mí, porque
consta de ajeno albedrío.
DIÓGENES: Ya lo confirman los celos.

A DIÓGENES

ALEJANDRO: ¡Oh, qué de cosas has visto
en un instante!
DIÓGENES: ¿Qué quieres,
si va desplegando a giros
dobleces el corazón,
cuyos afectos distingo
a partes, y del primero
en el postrero me afirmo.
ALEJANDRO: ¿Cómo quieres que amor sea,
si ser melancolía has dicho,
ira, cólera, veneno,
desesperación, delirio,
hechizo y rabia?
DIÓGENES: Pues ¿quién
sino amor hubiera sido,
como conveniente, amando
con no ordenado apetito
su daño, melancolía,
ira, cólera, nocivo
veneno, delirio y rabia,
desesperación y hechizo?

Con terneza

APELES: Y así otra vez y otras mil
humilde, señor, te pido,
no apures mis sentimientos;
porque el mal que lloro y gimo
no tiene definición.
Y pues cuando más me explico
es cuando me explico menos,
concede a mis desvaríos
la licencia de callarlos;
que, aunque yo quiera decirlos,
no me es posible, porque...

Dentro MÚSICA

VOZ: *Sólo el silencio testigo*
ha de ser de mi tormento.
APELES: Ya aquesa voz te lo ha dicho,
aunque no bien; que si dice
que sólo ha de ser testigo
de su tormento el silencio,
hay más que decir que dijo;
porque aun el silencio no
es capaz del dolor mío;
pues cuando el silencio quiera,
o crüel o compasivo,

lo que no digo decir,
no podrá; porque al decirlo...
VOZ: *Aun no cabe lo que siento*
en todo lo que no digo.
DIÓGENES: Vuelvo a afirmarme, señor...
ALEJANDRO: ¿En qué?
DIÓGENES: En que lo dicho dicho.
Este hombre está enamorado.
ALEJANDRO: No disuenan los indicios;
pero quédese ahora así,
con orden de que advertido
has de averiguarlo más,
mientras yo otro afecto sigo,
si no tan crüel, no menos
poderoso. --Ven conmigo,
Efestión; que, si hablar
a Campaspe no consigo,
quizá podrá ser, me valga
de aquel tu pasado arbitrio.

Vanse ALLEJANDRO y EFESTIÓN

DIÓGENES: (¡Buena comisión me queda! **Aparte**
Mas ya que Alejandro hizo
capricho el examinarme,
también yo he de hacer capricho
el satisfacerle a él.)
En fin, ¿no es posible, amigo,
que sepamos vuestras penas?
APELES Y MÚSICA: *Sólo el silencio testigo*
ha de ser de mi tormento.
DIÓGENES: Pues advertid que ya ha habido
silencio tan bachiller
que dijo lo que no dijo.
APELES: Pues éste no lo dirá.
DIÓGENES: ¿Por qué?
APELES: Porque enmudecido...
APELES Y MÚSICA: *Aun no cabe lo que siento*
en todo lo que no digo.
DIÓGENES: Pues guardaos de mí; que yo
he de saber lo escondido
de vuestro pecho, después
no digáis que no os lo aviso.
APELES: No haréis tal; que yo sabré,
homicida de mí mismo,
darme la muerte, primero
que nadie sepa que ha sido
con las honras de Alejandro
mi amor tan vil asesino
que da la muerte pagado,
hecho usura el homicidio.
¡Oh, nunca me honrara tanto
que es fuerza que, agradecido
de alimentos mi dolor,
viva de sus beneficios!
¿Cómo puedo ser yo ingrato,
arrojándome atrevido
a competirle su amor,

si cuando (¡ay de mí!) me animo
sólo a amar, me sale al paso,
demás del respeto digno
a la majestad, demás
de la confianza que hizo
de mí, fiándome su amor,
su deseo tan benigno
que, intentando mi salud
por tan extraños caminos,
un cariño me baraja
la suerte de otro cariño?
¿Y tanto que, aunque Campaspe,
que al alba esperaba, dijo,
ni a ella ni al alba vi, haciendo
de su favor desperdicio?
Pues ¿qué remedio?

Dentro

CAMPASPE: Morir
será mi menor peligro.
APELES: Infausto oráculo, ¿quién
es con quien hablas?

Dentro

ALEJANDRO: Contigo
moriré yo.
APELES: ¿Otro temor?
CAMPASPE: No he de oír.
ALEJANDRO: Bello prodigio,
espera.

Sale CAMPASPE huyendo, ALEJANDRO tras ella; y en viendo a APELES, se detiene

CAMPASPE: Ya he dicho que antes
moriré.
ALEJANDRO: También he dicho
yo que contigo mi muerte
me ha de hallar.
APELES: (¡Qué veo!) **Aparte**
CAMPASPE: (¡Qué miro!) **Aparte**
APELES: (Campaspe son y Alejandro
mis fatales vaticinios.)
CAMPASPE: (Apeles es quien su vista
rémora a mi planta ha sido.)
ALEJANDRO: ¿Por qué, divina Campaspe,
cuando apartada te he visto
desa dulce alegre tropa,
que con aplausos festivos
al alba saluda, y, hecho
humano girasol, sigo
los siempre lucientes rayos
de tus dos soles divinos,
de mí huyes?

CAMPASPE: Porque sé
que no es tu afecto tan digno
como debiera.
ALEJANDRO: Pues ¿quién
le ha malquistado contigo?
CAMPASPE: Apeles, que no aquí en balde
trajo el cielo por testigo.
(Así he de hablar con entrambos.)
APELES: (Ofendida de mi olvido,
sin duda de mí se venga.)
ALEJANDRO: ¿Apeles? ¿Qué es lo que he oído?
APELES: ¿Yo, Campaspe?
CAMPASPE: Tú; pues tú,
haciendo el retrato mío,
me dijiste que me amaba
y que no era el sacrificio
a Júpiter, sino a Amor;
con que mi honor, advertido
de su peligro, es forzoso
que huya de su peligro;
de suerte que tú eres causa
de que él sienta mis desvíos;
pues si no fuera por ti,
quizá dél no hubiera huido,
porque yo no lo supiera
si tú no lo hubieras dicho.
APELES: (Pues con dos sentidos habla,
responderé en dos sentidos.)
Si yo te ofendo, Campaspe,
es porque otro dueño sirvo,
que su amor y tu hermosura
mandó pintar a dos visos;

A ALEJANDRO

y pues para ella es ofensa
lo que para ti es servicio,
agradéceme este enojo.
ALEJANDRO: No te disculpes conmigo,
pues las señas de culpado
resultan en las de fino;
y ya que mi amor te debe
en este primer aviso
vencer las dificultades
de dar a un amor principio,
débate ahora, pidiendo
licencia a tus desvaríos,
que intercadentes parece
que dan treguas al sentido,
avisar si viene gente,
mientras a Campaspe digo
lo menos de lo que siento.
APELES: (¿Esto más, cielos impíos?)
CAMPASPE: (¿Esto más, hados crüeles?)
APELES: (¡Qué violencia!)
CAMPASPE: (¡Qué conflicto!)

Retírase APELES al paño, oyendo lo que los dos

hablan

ALEJANDRO: Desde el instante, divina
Campaspe, que de tu brío
y de tu llanto fue objeto
la piedad del pecho mío,
tan postrado a tu altivez,
a tu queja tan rendido
quedó mi afecto...

Sale APELES

APELES: Señor,
Siroés viene hacia este sitio.
ALEJANDRO: Saldréla al paso, porque
no llegue a verme contigo.

A APELES

No la dejes ir tú, en tanto
que yo vuelvo.

Vase

APELES: ¿Quién ha visto
tal género de tormento,
tal linaje de martirio?

Hablan bajo, apriesa y a hurto, como recelándose de ALEJANDRO

CAMPASPE: Quien cobarde complaciendo
al lisonjero artificio,
no quiso a su dama tanto
como a su privanza quiso.
APELES: Si yo tuviera elección
entre aquesos dos cariños,
el elegido me diera
contra el desdeñado alivio;
pero si me he de morir
a manos del elegido,
¿qué me culpa el desdeñado?
CAMPASPE: El temor con que, remiso,
no sabiendo entre dos muertes
elegir la de más brío,
se deja morir de humilde,
pudiendo morir de altivo.
APELES: Es lealtad.
CAMPASPE: Es cobardía.
APELES: Eso es volver al principio.
CAMPASPE: No es sino llegar al fin.
APELES: No es, si...
CAMPASPE: Sí es, si..

Sale ALEJANDRO

ALEJANDRO: A nadie miro
en todo el monte.
APELES: Debió
de echar por otro camino.
ALEJANDRO: Vuelve a avisar si viniere.

Vuélvese APELES al paño

Y tú, hermoso dueño mío,
acuérdate que me diste
la vida.
CAMPASPE: ¿Y ése es motivo
para obligarme a quererte?
ALEJANDRO: Claro está; porque quien hizo
un beneficio quedó
obligado al beneficio.
Dar una cosa y quitarla,
una vez dada, es estilo
muy villano. ¿Por qué piensas
que vive cuanto ves vivo?
Porque los dioses, que fueron
quien les dio la vida, han sido
los que a su conservación
se obligaron.

Sale APELES

APELES: Señor...
ALEJANDRO: Dilo.
APELES: Estatira hacia allí viene.
ALEJANDRO: Irla al paso determino.
Y pues yo a lo mismo vuelvo,
vuelve también tú a lo mismo.

Vase

CAMPASPE: ¿Quién en igual confusión
de dos amantes se ha visto?
APELES: Si de haberle dado vida
te hace cargo tan preciso,
¡cuánto más que haberla dado
es haberla recibido!
Si él te la debe a ti, tú
me la debes a mí; indicio
más noble; que el de obligado
fue siempre el de agradecido.
CAMPASPE: Es verdad, mas ¿cómo puedo
serlo yo, si desperdicio
se hace el agradecimiento?
APELES: Sabe el cielo si le estimo.
CAMPASPE: ¿En qué he de verlo yo?
APELES: En sola
una cosa que te pido.

CAMPASPE: ¿Qué es?
APELES: Que, porque más no pierda
que lo que pierdo en oírlo . . .
CAMPASPE: Di.
APELES: Ningún favor me hagas;
que yo me doy a partido
de que nada en mí sea amor,
porque todo en ti sea olvido.
Tan a nadie quieras, que
ni a mí me quieras.

Sale ALEJANDRO

ALEJANDRO: No he visto
por aquí a nadie.
APELES: Debió
de echar por otro camino.
ALEJANDRO: No es sino que yo estoy loco,
pues de otro loco me fío.
Retírate de aquí, y no
me vuelvas con otro aviso.
APELES: (¿Quién creerá que el desdeñado
ausente al favorecido?)

Vase

ALEJANDRO: Volviendo a cobrar, Campaspe,
de aquel mi discurso el hilo,
que no es baja frase, puesto
que es frase de laberinto...
ESTATIRA: Mudad de tono y de letra.

Dentro a una parte

SIROÉS: Mudad de letra y sentido.

Dentro a otra parte. Sale APELES

APELES: Estatira y Siroés
por aquí vienen.
ALEJANDRO: ¿No he dicho
que mis delirios me bastan
sin creer a tus delirios,
y que aquí no vuelvas?
APELES: Yo
pienso que en eso te sirvo.
ALEJANDRO: Loco está, no hagas dél caso.
Y así, segunda vez digo
que por más que ingrata acudas
a tus desdenes esquivos,
siendo escollo a los embates
de lágrimas y suspiros,
he de esperar tus favores
sin que me dé por vencido,
a que no ha de haber mudanza

pues que por algo se dijo...

Lejos

CORO: *Escollo armado de hiedra,*
yo te conocí edificio.
CAMPASPE: No está tan loco, señor,
como a ti te ha parecido
Apeles, pues es verdad
que hacia aquí Estatira vino.
Y pues te debo el reparo
de que no te vean conmigo,
débate la ejecución.
Vete, llevando sabido
que, aunque a siglos tu deseo
mida el tiempo amante y fino,
en mí no ha de haber mudanza;
que no ha de ser mi albedrío...

Lejos

CORO: *Ejemplo de lo que acaba*
la carrera de los siglos.
APELES: Mira si hacia esotra parte
Siroés viene.
ALEJANDRO: Irme es preciso,
por no despertar sospechas.
(¡Viven los cielos divinos,
que, aunque delito parezca
valerme de otro delito,
que, pues no me vale el ruego,
ha de valerme el arbitrio!)

Vase

CAMPASPE: Y los dos ¿en qué quedamos?
APELES: En que leal determino
que, siendo tú lo que pierdo,
piensen todos que es el juicio.
CAMPASPE: Aunque de tu amor me ofendo,
quizá de tu honor me obligo,
viendo que, de puro noble,
sin razón y sin aviso...

Más cerca

CORO: *De lo que fuiste primero*
estás tan desconocido.
APELES: ¿Qué mucho todos por loco
me tengan, si yo lo afirmo
siempre que a mi pensamiento
"No me estés cuerdo," le digo,
"trayéndome a la memoria
el favor, sino el olvido,
para que dél muera, pues

sólo el instante eres mío..."

Más cerca

CORO: *Que de ti mismo olvivdado,*
no te acuerdas de ti mismo.
CAMPASPE: Muchos se acercan; tampoco
a ti te vean.
APELES: No miro
por donde escapar; que tienen
tomados ambos caminos.
CAMPASPE: Entre estas ramas te esconde
mientras pasan.
APELES: Imagino
que tú me descubras.
CAMPASPE: ¿Cómo?
APELES: Como, alumbrando este sitio...
COROS 1 y 2: *Ya fuiste lisonja al sol*
y de sus rayos registro.
CAMPASPE: Escóndete, que no haré;
que arden muy lentos, muy tibios
rayos que no abrasan.
APELES: Sí hacen,
sino que están a impedirlos
muchas nubes.
CAMPASPE: Mira que
llegan ya.
APELES: Desde este sitio
seré, mirando tus ojos,
en sus hojas escondido,
si cortesano del bosque,
de las estrellas vecino.

Escóndese. Salen ESTATIRA, SIROÉS, CLORI, NISE y MÚSICOS

ESTATIRA: Campaspe, ¿qué soledad
es ésta?
SIROÉS: ¿Tanto retiro
de nosotras?
CAMPASPE: Un discurso
ocupado y pensativo
en sus penas sólo halla
en la soledad asilo.
ESTATIRA: Pues ¿qué tienes?
CAMPASPE: ¿La memoria
de mi casa no es preciso
que me deba algún cuidado?
Y así a las dos os suplico
me deis licencia de que
a ella vuelva, pues ya miro
aquel pasado suceso
tan entregado al olvido
que nadie se acuerda dél.
ESTATIRA: Como el irte haya nacido
de tu conveniencia, y no
del poco agasajo mío,

tuya es la elección.
CAMPASPE: El cielo
sabe que en el alma imprimo
vuestros favores, ansiosa
de que no pueda serviros;
pero sabré agradecerlos,
siempre que a vuestro servicio
mi vida importe.
SIROÉS: Los brazos
nos da, y adiós.

Al paño

APELES: (Hado impío,
¿qué ausencia será ésta? ¡Quién
alcanzara sus designios!)
CAMPASPE: (Esto es hurtarme a Alejandro;
no ha de saber dónde asisto.)

Al entrarse, salen unos SOLDADOS con armas

SOLDADO 1: Hermosa Campaspe, espera.
CAMPASPE: ¿Qué queréis?
SOLDADO 1: Fuerza es decirlo,
bien que a mi pesar.
ESTATIRA: Soldados,
¿qué armas, qué gente, qué ruido
es aquéste?
SOLDADO 1: Perdonadme,
señora; que a haberos visto
aquí, no llegara; pero
ya que llegué, me es preciso
decir el orden que traigo.
De Teágenes un hijo
a pedir justicia viene
de Campaspe; y como ha sido
justo a la segunda parte
guardar el segundo oído,
aunque de Alejandro ya
tiene el perdón conseguido,
para que dé sus descargos
es fuerza parezca en juicio.
Presa me mandan llevarla.
APELES: (¡Qué oigo!)
CAMPASPE: ¡Qué escucho!
ESTATIRA: ¿Advertidos?
¿No fuera bien que esperarais
que no estuviera conmigo,
para intimarla esa orden?
SOLDADOR 1: Sí, señora, mas ya he dicho
que no os vi.
ESTATIRA: Pues ya me veis,
y si no tratáis de iros . . .
CAMPASPE: No, señora, hagáis empeño
por mí; que de mi delito
la razón me pondrá en salvo.
(La hora de irme no miro,

por no empeñarle otra vez.)
Y así a cuantos me oyen pido,
desde la cumbre del monte
hasta la falda del risco,
nadie en mi defensa salga;
que, aunque voy presa, yo fío
que voy en mi libertad,
pues voy yo misma conmigo.

Vanse CAMPASPE y SOLDADOS. Sale APELES

APELES: Espera;
que no sabes el peligro,
Campaspe, a que vas.
SIROÉS: ¿Qué es esto?
APELES: Correr a mi precipio,
viendo a Campaspe en poder
de Alejandro y sus ministros.
CLORI: (Descubrióse la maraña.) **Aparte**
NISE: (Dio la tramoya consigo **Aparte**
en tierra.)
ESTATIRA: Pues ¿cómo vos
osáis estar escondido
en esta parte?
APELES: No sé;
mas sabrélo, si la libro
del riesgo a que va.
ESTATIRA: Teneos;
que lo que yo no consigo
por mí, queriendo ella ir presa,
por vos no he de conseguirlo.
APELES: No os importa tanto a vos
como a mí.
ESTATIRA: Aunque me hayan dicho
su despecho en no empeñaros,
vuestro arrojo en descubriros;
que, aunque al vivo la pintáis,
pintáis su amor más al vivo.

Sale DIÓGENES y, viendo gente, se detiene

DIÓGENES: (Vuelvo a buscar aquel joven
para ver si algo averiguo.)
ESTATIRA: Tengo de saber qué es esto.
APELES: Ya de vista se ha perdido.
DIÓGENES: (Con unas damas está.
¡Quién hallara un indicio!)
ESTATIRA: No habéis de seguirla.
APELES: ¡Cielos,
en vano al dolor resisto!
ESTATIRA: ¿Qué es esto? digo otra vez.
APELES: Yo otra vez y otras mil digo
que es que voy a ver, y ciego,
que es que voy a hablar, y gimo.
ESTATIRA: ¿Ahora enmudeces? ¿Ahora
calláis? ¿Ahora suspendido
las articuladas voces

trocáis en mudos gemidos?
¿Qué pasmo fue, qué letargo
el que yerto, helado y frío
os ha dejado?

APELES: ¡Ay de mí!
¿Qué es esto que mis sentidos
ha turbado de manera
que ni oigo, ni hablo ni miro?
¿Qué espero? Piérdase todo,
pues que todo se ha perdido.
¡Fuego, fuego, que me abraso,
que me ahogo, que me aflijo!

Arroja los vestidos

TODOS: ¿Qué hacéis?

APELES: Arrojar la ropa,
viendo arder en tan activo
incendio de mi cadáver
todo el humano edificio.
¡Piedad, cielos divinos!
Mas ¡ay!, que más que apague el llanto mío,
el aire encenderá de mis suspiros.

SIROÉS: Él está loco; huye dél.

Vase

CLORI Y NISE: Todas haremos lo mismo.

Vanse

ESTATIRA: Llegó a su extremo el furor.

Vase

DIÓGENES: Atiende, discurso mío,
quizá dirá su locura
lo que su razón no dijo.

APELES: ¡Piedad, cielos divinos!
Mas ¡ay!, que más que apague el llanto mío,
el aire encenderá de mis suspiros.

Sale CHICHÓN

CHICHÓN: Si no me engañan los ecos,
hacia aquí la voz he oído.--
Señor, ¿es hora de hallarte?
¿Cómo desnudo te miro?
¿Has jugado a la pelota?
¿Vienes de nadar del río,
o vas a esgrimir?

APELES: No es,
no es, sino que en el navío

que en el mar de amor sulcaba
rizados campos de vidrio,
tormenta corrí de celos,
y en sus ruinas encendido,
Etna soy, rayos aborto,
volcán soy, llamas respiro.
¡Piedad, divinos cielos!
Mas ¡ay!, que más que apague el llanto mío,
el aire encenderá de mis suspiros.

CHICHÓN: ¿Qué navío ni qué haca?
¿Qué mar ni qué desatino?
¿Qué tormenta ni qué alforja?
Vuelve a cobrar tus vestidos,
espada, capa y sombrero;

Recoge los vestidos

Pero no cobres el juicio,
que diz que está bien hallado
quien le tiene bien perdido.

APELES: Pues nadie mejor que yo,
y porque lo creas, ¿has visto
a Campaspe?

CHICHÓN: Sí, señor.

APELES: ¿Dónde estaba?

CHICHÓN: En mi vestido;
que como para picaños
el peinador no se hizo,
al peinarme esta mañana
todo de caspa teñido
le vi, a modo de nevado,
pero no a modo de limpio.

APELES: Calla, calla; que no entiendes
mi dolor. Lo que te digo
es que si has visto a Campaspe
en poder de un dueño impío
que, no valiéndole el ruego,
el engaño le ha valido?

CHICHÓN: (Seguirle quiero el humor.) **Aparte**
¿No quieres que la haya visto,
si ella y ese ingrato dueño,
haciéndose mil cariños,
él iba a caza de mirlas
y ella a caza de chorlitos?

APELES: Mientes, mientes; porque presa
la tienen.

CHICHÓN: Pues ¿no es lo mismo
estar presa que ir a caza?

APELES: ¡Viven los cielos divinos,
que te ha de costar la vida,
villano, el no haberla visto!

CHICHÓN: No costará, porque yo
huir sé desde tamañito.

Al ir huyendo de APELES, y él siguiéndole, da con DIÓGENES

Mas ¿quién está aquí?
DIÓGENES: Yo soy.
APELES: Pues ¿qué hacéis aquí escondido
vos, viejo honrado?

Cógele del brazo

CHICHÓN: Eso sí;
rínele muy bien reñido;
que es mucha filosofía
acechar, sin ser vecino.
(Quiero entretanto llamar
gente para reducirlo
a casa.)

Vase

DIÓGENES: ¿Yo, señor, cuándo...?
APELES: No, no tenéis que eximiros.
DIÓGENES: (¿Quién me metió en venir, cielos,
de la quietud en que vivo
a dar en manos de un loco?)
APELES: ¿Pensáis que no os he entendido?
¿Que queríades saber
que el sol que idólatra sigo
es Campaspe? ¿Y que es Campaspe
a quien Alejandro quiso,
a cuya causa, por no
ofender al dueño mío,
entre un amor y un respeto,
falso amante, criado fino,
me dejé morir, trocando
sus favores a desvíos,
sus agrados a desdenes,
y sus memorias a olvidos?
Pues no, no habéis de saberlo,
porque yo no he de decirlo.
¡Piedad, cielos divinos!
Mas ¡ay!, que más que apague el llanto mío,
el aire encenderá de mis suspiros.
DIÓGENES: Bien esperé que el furor
dijera lo que no dijo
el dolor. Y pues acaso
a las manos se me vino
el desengaño de todo,
diré yo que lo he sabido
por mis ciencias a Alejandro;
pues contra achaques del siglo
hasta la ciencia es forzoso
valerse del artificio.

Salen ALEJANDRO y EFESTIÓN

EFESTIÓN: Estas dos nuevas, señor,
a un mismo tiempo han venido.

ALEJANDRO: Ambas de pesar han sido,
y no sé cuál es mayor.
¿Rojana murió?
EFESTIÓN: El furor
del mar, como la presuma
Venus de Chipre, con suma
violencia, quiso en su esfera
que una de la espuma muera,
si otra nace de la espuma.
A esto se llega enviar
Darío cuanto pediste,
porque imposible creíste
que lo pudiese juntar
en rescate singular
de sus hijas; con que ha sido
fuerza, habiendo prometido
que libres no se han de ver,
o tu palabra romper
o faltar a lo ofrecido
al gran Júpiter.
ALEJANDRO: Y di,
entre uno y otro pesar,
¿sabes si han ido a buscar
a Campaspe?
EFESTIÓN: ¿Tanto en ti
puede una pasión que así
todo lo olvidas por ella?
ALEJANDRO: ¿Qué te admiras, si mi estrella
tan poderosa es que no
pierdo nada, como yo
no pierda a Campaspe bella?
En llegando a amar, no hay fama,
no hay aplauso, no hay blasón,
honor, vida, alma ni acción
que no sea de la dama
que por entonces se ama;
y así, aunque frustrados veo
un fin y otro, en este empleo
de ambos el despique fundo.
EFESTIÓN: ¿Quién creerá que cabe un mundo
donde no cabe un deseo?

Salen al paño CAMPASPE y SOLDADOS

SOLDADO 1: Aquí has de esperar; que aquí
la audiencia ha de ser.

Vanse los SOLDADOS

CAMPASPE: Sí haré,
pues de mi justicia sé
que ella volverá por mí.
ALEJANDRO: Pero ¿no es aquélla?
EFESTIÓN: Sí.
ALEJANDRO: Pues por si, al llegarse a ver
engañada en mi poder,
acudiere su pasión

a las lágrimas, que son
las armas de la mujer,
harás, porque no se entienda
el menor eco del llanto,
que de la música el canto
suene al umbral de la tienda,
cuyas cláusulas pretenda
la armonía acompañar
del estruendo militar,
pues sin dar sospecha, han sido
salvas que ya han divertido
otras veces mi pesar.

Vase EFESTIÓN

¡Divina Campaspe bella!
CAMPASPE: Dame, gran señor, tus pies.
ALEJANDRO: ¿Tú aquí? Pues ¿qué es esto?
CAMPASPE: Es
sobre el rigor de mi estrella,
la fuerza de una querella
que, aunque ya tu perdón vi,
presa me trae.
ALEJANDRO: ¿Presa?
CAMPASPE: Sí.
ALEJANDRO: Engáñaste, que es error.
CAMPASPE: ¿Cómo?
ALEJANDRO: Como, siendo amor
quien se querella de ti,
no hay que temer la crueldad
de la prisión suya; pues
de quien él querella, es
de quien está en libertad,
no de quien su voluntad
presa tiene; y siendo así,
que tú eres la libre aquí
y yo el preso, tu temor
en mí está, no en ti.
CAMPASPE: Es error;
pues si un temor (¡ay de mí!)
pierdo, otro cobra mi fama,
al ver traición la prisión.
ALEJANDRO: Lo que en paz fuera traición
ardid de guerra se llama.
CAMPASPE: Traición es cuanto disfama
las sacras leyes de amor.

Canta la MÚSICA a un lado, suenan las cajas y trompetas a otro lado, y los dos representan, todo a un tiempo

MÚSICA: *En repúblicas de amor*
es la política tal,
que el traidor es el leal
y el leal es el traidor.

ALEJANDRO: Bien por mí te ha respondido
voz que publica constante

Librodot

que no ha sido leal amante
el que a vencer un olvido
traidor amante no ha sido.
CAMPASPE: Antes respondió tan mal
que me ha dejado mortal
oír que en odio del honor...

La caja

MÚSICA: *En repúblicas de amor*
es la política tal...
ALEJANDRO: Ya son tus quejas en vano.

Quiere asirle la mano

CAMPASPE: Deten la mano; porque,
si antes mi delito fue
el dar la muerte a un tirano
en defensa de mi mano,
ahora lo será, señor,
no dársela.
ALEJANDRO: Tu rigor
baste, pues en lance igual...

La caja

MÚSICA: *El traidor es el leal*
y el leal es el traidor.

Como luchando los dos

CAMPASPE: ¡Advierte!
ALEJANDRO: ¿Qué he de advertir?
CAMPASPE: ¡Mira!
ALEJANDRO: ¿Qué puedo mirar?
CAMPASPE: Que ayer me libró el matar,
y hoy me librará el morir.

Quiere sacarle la espada, y él lo impide

ALEJANDRO: No hará.
CAMPASPE: ¡Válgame el pedir
a cielo y tierra favor!
ALEJANDRO: Su voz confunda el rumor.

La MÚSICA y las cajas y la representación todo a un tiempo

MÚSICA: *En repúblicas de amor*
es la política tal,
que el traidor es el leal
y el leal es el traidor.

CAMPASPE: Ni eso te valdrá tampoco.

Dentro

APELES: ¡Mentís todos!
TODOS: ¡Guarda el loco!
UNOS: ¡Teneos!
DIÓGENES: He de entrar.

Sale EFESTIÓN

EFESTIÓN: ¡Señor!
ALEJANDRO: ¿Qué es eso, Efestión? ¿Qué voces
a una y otra parte varias,
demás de las que he mandado
de instrumentos y de cajas,
son las que se oyen?
EFESTIÓN: Apeles,
a quien furioso llevaban
a su albergue unos soldados,
escuchando lo que cantan,
diciendo, embistió con todos,
que es mentira, que no haya
lealtad en amor, a tiempo
que Diógenes la entrada
de su tienda solicita,
sin que le impida la guarda.
ALEJANDRO: Retírate tú a esta puerta,

A CAMPASPE

hasta que sepa qué causa
a los dos mueve.

Retírase CAMPASPE al paño

CAMPASPE: (¡Fortuna,
quién--¡ay infelice!--hallara
por donde escapar! En vano
lo intento, porque cerrada
está por aquí la tienda.
Fuerza es esperar.)

Sale DIÓGENES

DIÓGENES: Las plantas
me da, señor, en albricias
de que ya mi ciencia alcanza
el accidente de Apeles.
ALEJANDRO: Si en otra ocasión llegaras,
fueras más bien recibido.
Mas ya que llegaste, habla,
di, ¿qué accidente es?

DIÓGENES: Amor.
ALEJANDRO: Si no dices más, no basta
para que te crea, pues esa
fue la primera palabra
que dijiste, y no por eso
fue cierto; y como no añadas
más, lo mismo será ahora.
DIÓGENES: ¿Bastará decir la dama
y el competidor?
ALEJANDRO: Sí.
DIÓGENES: Pues
si eso es todo lo que falta
al crédito de mis ciencias
y a sus conjeturas sabias,
aunque yo no la conozco,
perdone esta vez su fama.
La dama es Campaspe, y tú
el que de celos le mata;
de suerte que amor y celos
son de sus penas la causa.
ALEJANDRO: ¿Qué dices? ¡Ay infelice!
CAMPASPE: (¡Cielos, la suerte está echada!)
DIÓGENES: Que es Campaspe a quien adora.
ALEJANDRO: No prosigas, calla, calla;
que en ti, porque me lo dices,
más que en él, porque me agravia,
pues ya es cómplice al dolor
quien el dolor adelanta,
tengo de vengar mis celos.

Empuña la daga, y detiénele
EFESTIÓN

EFESTIÓN: Advierte, señor.
DIÓGENES: ¡Bien pagas
su fineza y mi fineza!
ALEJANDRO: ¿Qué fineza, si tirana
tu voz, su intención traidora,
me han dado la muerte ambas?
CAMPASPE: ¡Ay de quien sobre sí, cielos,
todo este escándalo aguarda!
DIÓGENES: La suya, pues, es tan grande,
tan noble, tan leal, tan rara,
que, a despecho del favor
que quizá en Campaspe halla,
se deja morir, por no
ofender la confïanza,
respeto y decoro que
tan a su costa te guarda.
La mía, pues que te pongo
en ocasión de que hagas
una acción tan generosa
como agradecer las ansias
del que, en abono de todos
los que encarecen que aman,
diciendo que amantes pierden
por su dama el juicio, anda
tan fiel contigo y con ella

que, en las desdichas que pasa,
pierde por la dama el juicio
y por ti el juicio y la dama.
ALEJANDRO: No con razones me arguyas
sofísticamente falsas;
que no hay en celos razón
mayor que el que no la haya.
Y así en ti ahora, y después
en él, si es que ella le ama,
que yo lo sabré, mis celos
vengaré.
CAMPASPE: ¡Qué oigo!
EFESTIÓN: Repara.
DIÓGENES: Buena ocasión se ofrecía
de volver a la pasada
cuestión de cuál de los dos
es más invicto monarca.
ALEJANDRO: ¿Cómo?
DIÓGENES: Como si antes de ahora
no creía a quien contaba
que, esclavo de tus pasiones,
la destemplanza te agrava,
la lascivia te posee,
y la ira te arrebata,
ahora lo creo, al mirar
lo que una afición te arrastra;
y siendo así que esa ira,
ambición y destemplanza,
lascivia y envidia yo
esclavas traigo a mis plantas,
¿cuál será más poderoso:
yo, que mando a quien te manda,
o tú, que sirves a quien
me sirve a mí? Con tan clara
consecuencia logra ahora
mi muerte; pero a[l] lograrla
mira quién eres, pues eres
esclavo de mis esclavas.

Híncase de rodillas

EFESTIÓN: A tanta osadía no tengo
de impedirte ya.
CAMPASPE: (Él le mata.) **Aparte**
ALEJANDRO: (¿Mira quién eres, pues eres **Aparte**
esclavo de mis esclavas?
¿Tanto una ciega pasión
desluce el decoro, ultraja
el respeto, que ocasiona
a que pueda cara a cara
atrevérsele la voz
de un mísero, en confianza
de que, diciendo verdad,
la muerte no le acobarda?
Pues no ha de ser, no ha de ser;
que no ha de decir la fama
que dijeron a Alejandro
de Dïógenes las canas:

"Mira quién eres, pues eres
esclavo de mis esclavas,"
sin que tratase enmendar
de sus defectos la causa.)
Alza, Diógenes, del suelo.

CAMPASPE: (¿Cómo tan afable le habla?)

ALEJANDRO: Y dime otra vez, ¿por mí
Apeles muere con tanta
fineza que, leal y noble,
aunque Campaspe le ama,
a Campaspe olvida?

CAMPASPE: (Él
mi amor averiguar trata.)

Dentro

VOCES: ¡Guarda el loco! ¡Guarda el loco!

DIÓGENES: Esas voces lo declaran
mejor que yo.

ALEJANDRO: Dejad que entre.

Salen APELES desnudo, CHICHÓN con los vestidos, y otros deteniéndole

APELES: Par diez, aunque lo estorbara
todo el mundo, entrara yo,
sin que tú me lo mandaras;
porque al que pide justicia
no ha de haber puerta cerrada.

CHICHÓN: Y más cuando una locura
le sabe falsear las guardas.

ALEJANDRO: Pues ¿de quién justicia pides?

APELES: Desos que infieles te cantan
que en repúblicas de amor
la política es tan mala
que el traidor es el leal;
porque yo sé que te engañan,
y que hay lealtad en amor
tan grande... Pero eso basta;
que no quiero que la sepas,
porque parece que falta
a la fineza el que hace
la fineza con jactancia.

ALEJANDRO: Repórtate; y pues está
tu queja tan bien fundada,
yo te guardaré justicia.
(¡Ea, valor! La más alta
victoria es vencerse a sí;
no diga de ti mañana
la historia, que toda es plumas,
el tiempo, que todo es alas,
que tuvo en su amor Apeles
más generosa constancia
que yo. Si él por mí se deja
morir con lealtad tan rara,
¿por qué, pudiendo él hacerla,
no he de poder yo pagarla?)

¡Campaspe!
CAMPASPE: (Sin duda en él
y en mí se venga.) ¿Qué mandas?
ALEJANDRO: Que seas heroico asunto
que, en láminas de oro y plata,
de mis liberalidades
corone las esperanzas.
Alábense otros que dieron,
ya a las letras, ya a las armas,
coronas, reinos, provincias,
ciudades, templos y estatuas;
que no ha de alabarse alguno
que sacrificó a las aras
de la lealtad mayor triunfo,
ni dio más, pues dio su dama,
el día que en su poder,
o gustosa o no, la halla.
Dale, pues, la mano a Apeles,
porque, esposa suya, vayas
donde no te vean mis ojos.

A DIÓGENES

Tú, Dïógenes, repara
en la dádiva mayor,
si soy esclavo de esclavas
o si soy dueño de mí.

A APELES

Y tú mira la distancia
que hay de tu amor a mi amor,
pues tú me la das pintada
y yo te la vuelvo viva,
pues di la mitad del alma.
CAMPASPE: (Esto es querer apurar
si es verdad que enamorada
estoy de Apeles. Yo haré
que mal la experiencia salga.)
APELES: (¡Qué escucho! ¿Campaspe es mía?
¿Quién, cielos, con tan extraña
novedad en mis sentidos
me restituye a la clara
luz del día? ¿Cómo estoy
aquí así?) --Dame la capa,
dama la espada, Chichón;

A ALEJANDRO

--Y tú, gran señor, las plantas;
que no en vano te apellida
dios la voz de tantas varias
naciones, pues dar un cielo
no es don de humano monarca;

A CAMPASPE

--Y tú, Campaspe, la hermosa
blanca mano me da.
CAMPASPE: Aguarda.
ALEJANDRO: ¿No se la das?
CAMPASPE: No.
ALEJANDRO: ¿Por qué?
CAMPASPE: Porque no quiero que haga
ferias de mi libertad
tu vanagloria. (¡Mal haya
temor que, de puro fino,
quiere que parezca ingrata!)
Dejo aparte que yo a Apeles
no amo; mas cuando le amara,
no dejara de sentir
el desaire con que tratas
a lo que dices que quieres;
que somos todas tan vanas
que aun de lo que aborrecemos
nos hace el cariño falta.
¿De cuándo acá fue el amor
prenda para enajenada?
¿De cuándo acá el albedrío
de un dueño a otro dueño pasa?
¿Es inquilino el afecto
para andar mudando casas,
vecino ayer de una gloria
y huésped hoy de una infamia?
¿Es joya la inclinación?
¿Es la voluntad alhaja?
¿Es el deseo presea,
ni menaje la esperanza
para hacer dádiva dellas,
tan bajamente contraria,
que da con un baldón, yendo
a buscar una alabanza?
Liberalidad bien puede
ser que sea el dar la dama;
pero liberalidad
tan neciamente villana,
que piensa que lo da todo,
siendo así, que es cosa clara,
que no da nada; porqué
el día que no da el alma
¿qué da en lo demás? Con que,
si presumes que le pagas
de lo vivo a lo pintado
el logro a Apeles, te engañas;
pues si él dio un retrato, no
le vuelves más que una estatua;
porque el que sin albedrío
con una mujer abraza
logra, pero no merece,
consigue, pero no alcanza;
de suerte que, no pudiendo,
cuando la fuerza te valga,
darle ni el alma ni el gusto,
darle sin gusto y sin alma

todo lo que puedes es
darlo todo y no dar nada.
APELES: (¡Qué escucho, cielos! ¿Campaspe
así mis finezas trata?)
CHICHÓN: Paréceme que bien puedes
volverme capa y espada,
y volverte a jugador
de pelota; pues es clara
cosa que de borra y viento
ya está el pelotero en casa,
siendo de borra tu amor
y de viento tu esperanza.
ALEJANDRO: Por más que deslucir quieras
mi acción, noblemente vana,
no has de poder; que una cosa
es hacerla, otra lograrla.
Y así, para haberla yo hecho,
¿qué importa que tú... ?

Dentro

SOLDADOS: ¡Plaza!
ALEJANDRO: ¿Qué es aquello?
EFESTIÓN: Que a tu tienda
llegan con todas sus damas
Estatira y Siroés.

Vase

ALEJANDRO: Ya como libres se tratan,
en fe del rescate; fuerza
es que a recibirlas salga.
Después diré lo que iba
a decir.

A DIÓGENES

--Tú no te vayas,
hasta ver el fin.

Vase

DIÓGENES: No haré,
aunque de mi pobre estancia
la ausencia siento.

Vase

CHICHÓN: ¿Qué mucho,
si quedó allá la tinaja?
Que, aunque no es de vino hoy,
haberlo sido ayer basta
para que haga compañía.
Mas ¡miren aquí qué caras!

Bien se ve que están reñidos,
pues que se han quitado el habla.
Veamos por cuál de los dos
quiebra.
APELES: ¿Para qué, tirana... ?
CHICHÓN: Luego vi que era él lo más
delgado.
APELES: ¿Para qué, ingrata,
traidoramente apacible,
cariñosamente falsa,
alentaste tantas veces,
ya amorosa y ya enojada,
mis esperanzas, si habías,
el día que de pagarlas
tuvieses más ocasión,
de engañar mis esperanzas?
¿Qué victoria te promete
un rendido, para que hagas
suertes en él tan ociosas
como restituirle el alma,
para que con ella sienta
más tu rigor? Y así, ingrata,
o vuélveme mi locura
o tómate tu mudanza.
CAMPASPE: Que me baldones permito
de mudable, de liviana
y de inconstante (¡ay Apeles!)
porque alcanzo que no alcanzas
que quizá ha sido fineza
el desdén de que te agravias.
APELES: ¿Qué fineza, si no es más
que, al verte de un rey amada,
haber hecho fantasía
del gusto, mostrando vana
el que el ruido del poder
suena siempre en consonancia?
CAMPASPE: Si supieras que él quería,
por tomar de ti venganza
y de mí, saber no más
si te amo o no, no culparas
que hubiese sido cautela
contra cautela la traza
que halló mi amor, a pesar
de mi amor.
APELES: Pues ¿no importara
menos que él me diera muerte
que dármela tú? ¿Qué gana
mi vida, di, si, porqué
el no me mate, me matas?
CAMPASPE: Luego ¿fuera más fineza,
a todo trance empeñada,
arriesgarlo todo?
APELES: Sí;
que mejor le está a una dama
ser fina que cautelosa.
CAMPASPE: Cautela hay menos culpada
de lo que fuera quizá
la fineza.
APELES: Es ignorancia.

CAMPASPE: No es sino atención. ¿Querías
que mi amor le confesara
y te diera muerte?
APELES: Sí;
que el día que mi honor salva
ver que, el día que seas mía,
no toca a mi confïanza
interpretar los sentidos,
sino entender las palabras.
Fuéraslo (¡ay de mí!) el instante
que en darme muerte tardara;
muriera feliz, no triste.
CAMPASPE: Pues si eso es lo que te agrada,
a tiempo estás, que la mano
que no te di... Pero aguarda...

Ruido dentro

que vuelven todos.
APELES: ¡Oh, cuánto
perezosa se dilata
siempre la dicha!
CHICHÓN: Hecho un bobo
me estoy oyéndolos. ¿Que haya,
habiendo amor de obra gruesa,
quien gasta el de filigrana,
todo retruécanos, todo
tiquismiquis?

Salen todos

ESTATIRA: Tu palabra
es ley y cumplirla debes.
ALEJANDRO: Quien, por cumplir una, falta
a otra, no yerra; y así
es bien que el camino parta
entre las dos.
SIROÉS: ¿De qué suerte?
ALEJANDRO: Que libre, Siroés, vayas,
llevando a Persia el tesoro
que era rescate de entrambas;

A ESTATIRA

--y tú te quedes en Grecia.
ESTATIRA: ¿Yo en Grecia?
ALEJANDRO: Sí; mas no esclava,
sino esposa mía, supuesto
que murió en el mar Rojana.
ESTATIRA: La ventura agradeciera,
puesta, señor, a tus plantas,
a no saber que Campaspe
te tiene cautiva el alma;
y entrar tropezando en celos
justamente me acobarda.
ALEJANDRO: Habérsela dado a Apeles

ese temor satisfaga.
Y, porque lo veas, volviendo,
Campaspe, a la acción pasada,
a Apeles le da la mano.
CAMPASPE: Sí haré, de muy buena gana
ahora, que es porque yo quiero
y no porque tú lo mandas.
ALEJANDRO: Aunque deslucir mi acción
intentes, no estés muy vana;
que nada le das tampoco.
CAMPASPE: ¿Cómo?
ALEJANDRO: Como, si le amabas,
es dar lo que ya era suyo
darlo todo y no dar nada.
Y pues esto ha sido un solo
paréntesis de las armas,
prosiga al Peloponeso
el ejército la marcha;
que he de cumplir el agüero,
venciendo naciones varias.
ESTATIRA: Con esa satisfacción
a tus pies estoy.
ALEJANDRO: Levanta.
NISE: Yo he de quedarme contigo.
ALEJANDRO: Con Efestïón casada.
DIÓGENES: Y yo volverme a mi monte,
donde te ruego que no vayas,
ni me llames otra vez;
que no sabes lo que cansa
esto de andar componiendo
de amor y celos las ansias.
SIROÉS: Dichosa yo, que la vuelta
daré a mi padre y mi patria.
ESTATIRA: Más dichosa yo, que quedo
al logro de mi esperanza.
APELES: Dichoso yo, que he alcanzado
ver el fin de penas tantas.
CHICHÓN: Más dichoso yo, que libre
quedo, cuando otros se casan.
Y pues más desocupado
estoy, humilde a esas plantas
seré quien pida por todos
el perdón de nuestras faltas;
aunque es darnos lo que es nuestro
darlo todo y no dar nada.

FIN DE LA COMEDIA